

no necesitar ni del puerto ni del piloto, y no has encontrado mas que decepciones amargas, crueles ansiedades, luchas violentas; con frecuencia se ha abierto delante de tus ojos el abismo de la desesperacion y de la muerte. ¡Mira cerca de ti, navega en paz en el bajel vencedor de los males; solo él te ofrece un refugio seguro, y te promete el viaje sin peligro!

Ramos (domingo de). La dominica con que principia la semana santa, y que es la última de la Cuaresma, se llama *Domingo de Ramos, Dominica Palmorum*, por la práctica establecida entre los fieles desde los primeros siglos de llevar en procesion y durante el oficio divino palmas ó ramos de arboles, en memoria de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem ocho dias antes de la pasqua. Dicen los evangelistas que habiendo sabido el pueblo la llegada de Jesucristo á Jerusalem, salió á encontrarle; que unos le rodeaban sus vestidos por donde pasaba, y otros cubrian el camino con ramos de palma, y que de este modo le acompañaron hasta el templo exclamando: *¡Prosperidad al Hijo de David!* *¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!* *S. Mat., c. 21, san Marc., c. 11; Evang. de S. Luc., c. 19.* Así le reconocieron por el verdadero Mesías, y por razon de esta ceremonia en muchas provincias llama el pueblo al *Domingo de Ramos, Pascua florida.*

La práctica de la Iglesia es bendecir estos ramos, suplicando á nuestro Salvador que admita benignamente el homenaje que le tributan los fieles como á su Rey y Señor. El P. Leslie, en sus *Notas sobre el Misal mozárabe*, advierte que esta bendición se observaba en las Galias y en España antes del siglo VII, pero puede ser mucho mas antigua, aunque no tengamos de ello muchas positivas. Alcuino, en su libro de los *Oficios divinos*, refiere que en algunas Iglesias se acostumbraba colocar el libro de los Evangelios en una especie de sitial que llevaban los diáconos en la procesion para representar por este medio el triunfo de Jesucristo.

En este mismo domingo acostumbraban en otro tiempo los catecúmenos á pedir al obispo que les administrase el bautismo que debía ser administrado el domingo siguiente, y por eso se llamó *Dominica competentium*. En este mismo día se acostumbraba á lavarse la cabeza como una especie de preparacion para el bautismo, y por esa razon se llamó tambien *capitulum*. Últimamente acostumbraban tambien los emperadores y patriarcas á conceder algunas gracias en este

domingo, y por esto se llamó tambien *Domingo de indulgencia. Notas de Menard sobre el Sacramentario de S. Gregorio*; Tomasino, *Tratado de las Fiestas*, etc.

* **Raymundo Lutio**, llevó en el siglo XIV al Occidente el conocimiento de las lenguas orientales, para preparar el camino á la conversion de los musulmanes, propagó por su *Grande arte* opiniones en favor ó en contra de las cuales se levantaron los cuerpitos religiosos, tan numerosos entonces. Este *Grande arte* ó *Nuevo método de hallar la verdad* era una especie de síntesis, que consistía en encerrar todas las cuestiones particulares en los principios generales ó proposiciones universales, que él se esforzaba en hacer inatacables por su misma generalidad, escondiendo en ellos la proposicion particular que queria probar. Luego que su adversario concedía la proposicion general, *Raymundo Lutio* de consecuencia en consecuencia y por un camino mas ó menos recto, sacaba de ella su proposicion particular, que probaba haber sido concedida implicitamente al conceder la proposicion general: de donde se echa de ver que no se trata aqui sino de una especie de argumentacion dialéctica de la escuela de Aristóteles. *Raymundo*, para aplicar su método á la religion, formuló toda la creencia católica en proposiciones generales. Sus opiniones llegaron á ser el texto de las disputas de la escuela, como la política es en el día el de las discusiones. En vano la universidad las proscribió de su enseñanza, y las desaprobo un papa: los franciscanos y las defendieron con fuerza contra los dominicos, que las atacaban con igual ardor. Por lo demás, *Raymundo Lutio* siempre se mostró sumiso al juicio de la Iglesia.

☞ **Raymundo Lutio**, dice Mr. Bouvier, hombre singular, extravagante y extraordinario, que vivió durante una gran parte del siglo XIII y principios del XIV, es reputado por muchos como el que contribuyó á dar vuelo al entendimiento humano, y á dirigirle hácia los estudios serios. Nació en la isla de Mallorca, en España, fué primero soldado, cortesano y libertino. Vivamente afectado á la vista de una asquerosa llaga que consumía viva á Eleonor, objeto de sus impuros deseos, abandonó la corte de D. Jaime I, rey de Aragon, renunció á las armas, se aplicó al estudio, aprendió el árabe y las doctrinas de los sarracenos, con el fin de dedicarse á su conversion. Habiendo dejado á su esposa, y tomado el hábito de la tercera orden de S. Francisco, pasó al Africa, desembarcó en Túnez, y predicó la religion á los infieles con

el mayor celo. Arrestado, puesto en prison y salvado de la muerte con trabajo, volvió á Europa y se presentó en todas las cortes cristianas; asedió al papa, á los reyes, á los principes y grandes, para hacerles adoptar su sistema de reforma en las ciencias. A fuerza de instancias obtuvo varios colegios para la enseñanza de su doctrina, y la enseñó él mismo en Paris, despues de haber hecho que la aprobasen cuarenta doctores ó bachilleres de aquella universidad. En 1311, se presentó en el concilio general de Viena, y solicitó de los obispos la adopcion de su método; queria que sus principios fuesen admitidos en toda la cristiandad.

En medio de esta vida vagabunda, tumultuosa, y mezclada de mil incidentes, encontró, sin saberse cómo, el tiempo suficiente para hacer un número increíble de obras sutiles, metafísicas y muy difíciles de comprender. Todas ellas no han sido impresas, y las que lo están componen diez volúmenes en su folio.

Arrastrado siempre de su celo ardiente por la conversion de los mahometanos, volvió á pasar al Africa á la edad de ochenta años, y predicó de nuevo la fe, segun el sistema que se habia formado. Arrestado por segunda vez, fué preso, golpeado y maltratado. Rescatado por comerciantes genoveses y embarcado medio muerto para ser conducido á Mallorca, su patria, expiró en el mar, fué desembarcado su cadáver, y sepultado en el convento de franciscanos de aquella ciudad, donde se le venera como á un mártir. La Iglesia, no obstante, no le ha colocado en el número de los santos que venera. Encontramos además en la Historia eclesiástica una bula de Gregorio IX, relativa á los errores que se le han atribuido.

Lo que ha hecho principalmente su reputacion de hombre sabio, ha sido su famoso sistema científico llamado el *Grande arte* ó el *Arte maravillosa*.

Consiste este sistema en poner en comun, como en una especie de almacén, los términos generales de lógica, de metafísica, de moral, de teología, combinarlos entre sí, segun las relaciones de cantidades, de modos, de semejanza ó desemejanza; formar con ellos cuadros bajo denominaciones convencionales, tales como las letras del alfabeto, á fin de poderlos hallar cuando se necesiten, y recurrir á los mismos para adquirir nuevos datos. Por este medio se debían conseguir rápidos progresos en las ciencias, que se derivan todas de estos mismos principios.

Agota el autor los recursos de su talento en

imaginar combinaciones y en formar sus cuadros. Fundaba todo su sistema en el número ternario. Por do quiera encontraba, ó hacia entrar á este número. En Dios distinguía la facultad, el acto y la operacion, y por aqui pretendía demostrar lógicamente la existencia del misterio de la Santísima Trinidad. Multiplicando tres por tres, halla nueve, dividiendo nueve entre tres, halla tres. De este modo componia escalas ascendentes ó descendentes de atributos y de sujetos. Por ejemplo, la bondad, la grandeza y la duracion constituyen la esencia; el poder, la sabiduria y la voluntad componen la unidad y la verdad; la virtud y la gloria forman la perfeccion: hé aqui respecto á los atributos. La diferencia, la concordancia y la contradiccion; el principio, el medio y el fin; la superioridad, la igualdad y la inferioridad: hé aqui para las relaciones. Dios, el ángel y el cielo; el hombre, la parte imaginativa y la sensitiva; las vegetativas la elemental y la instrumental; hé aqui para los sujetos.

En cuanto á las virtudes, eran estas la justicia, la prudencia y la fortaleza; la templanza, la fe y la esperanza; la caridad, la paciencia y la piedad. Relativamente á los vicios, eran la avaricia, la gula y la lujuria; el orgullo, la pereza y la envidia; la cólera, la mentira y la inconstancia.

Claramente se ve cuán arbitrarias, insignificantes y poco adecuadas á favorecer el desarrollo de las ciencias son esas divisiones y combinaciones de palabras, copiadas á no dudar de la cabala de los judíos ó de las misteriosas doctrinas de los árabes. Sin embargo, este método inteligible excito en su tiempo la admiracion de un gran número de personas, dió lugar á infinidad de comentarios, y fué admitido en muchos establecimientos públicos. Mas adelante, hombres óscuros, tales como el P. Kircher y Leibnitz, no se desdanzaron de hacer de aquel el objeto especial de sus meditaciones. Se ha concluido por convenir generalmente en reputar dicho método como un conjunto de desvarios, propios unicamente á embrollar las ideas y á hacer perder un tiempo precioso. (*Historia elemental de la filosofía*, t. 2, p. 8 y sig. Edicion de Madrid, 1846.)

* **Razas humanas.** Examinaremos aqui con las *Conferencias de Saint-Flour* dos cuestiones importantes.

1.^o *¿Cuántas razas humanas se distinguen?* La diferente forma y color que distinguen la especie humana habia hecho pensar á algunos filósofos de la antigüedad que todos los hombres no tenían un solo tipo. Los increí-

dulos del último siglo echaron mano de esta opinión para convencer de falso al historiador sagrado. Antes de discutir esta dificultad, digamos una palabra acerca de las diversas razas humanas.

Los antiguos, entre otros, Aristóteles, Hipócrates y Herodoto reconocieron tres clases: la etiópica, la escita y la tracica. Esta clasificación, basada únicamente sobre el color, no caracterizaba suficientemente todas las variedades. En el último siglo se ensayó establecer otra base para este estudio: no se contentó solo con examinar el color, sino que se tomó en consideración la forma del cráneo. Faltaba una regla para comparar las cabezas de los diferentes pueblos de modo que diese resultados definidos y característicos. Camper tuvo el mérito de la invención: formó lo que llama *ángulo facial* de cada nación, tirando una línea desde el agujero de la oreja hasta la base de los agujeros de la nariz y otra desde el punto más prominente de la frente hasta la extremidad de la mandíbula superior al punto en que los dientes tienen su raíz. La medida del ángulo que se forma por medio de Camper, el carácter específico de cada familia humana, cuya elevación en la escala intelectual está en razón directa del aumento del ángulo.

Compréndese que este sistema no basta para caracterizar bien las diversas razas humanas. Blumenbach le acusa con razón de no tener en cuenta la anchura del cráneo, que es sin embargo la señal más distintiva de ciertos pueblos. Este sabio naturalista le añade á las de Camper, y su clasificación está determinada de este modo: en primer lugar por la forma del cráneo, y en segundo por el color de los cabellos, de la piel y del iris del ojo.

Para entender con facilidad su sistema, basta que se tengan presentes las particularidades siguientes: la cabeza ó el cráneo cuando se mira desde arriba presenta una forma mas ó menos ovalada, redondeada con dulzura por detras, pero rugosa y menos regular por delante á causa de los huesos de la faz. El cráneo y la faz pueden dividirse, segun sus diferentes grados de proyeccion, en tres partes: la frente, que puede ser mas ó menos deprimida, los huesos de la nariz, y sobre estos las mandíbulas con sus dientes respectivos. Es tambien importante en la aplicacion de este sistema el hacer notar la manera con que el hueso *malax* ó la *prometia* se une con el *temporal* ó el hueso de las orejas por medio de una arcada llamada zigomática.

Colocado, pues, el cráneo sobre una mesa en su posicion natural, la parte posterior vuelta de su lado, Blumenbach le mira á plomo y observa todas estas particularidades. Las formas relativas y las partes visibles le dan lo que llama la regla vertical.

Segun estas nociones divide la raza humana en tres familias principales con dos intermedias. Llama á la primera cáucasa ó central; á la segunda etiópica ó negra; y á la tercera mongola ó amarilla. En la familia cáucasa la forma general del cráneo es mas simétrica que en las otras dos. Las arcadas zigomáticas vuelven á entrar en la línea del rasgo exterior general, y los huesos de las mejillas y de las mandíbulas están enteramente escondidos por la mayor prominencia de la frente.

El cráneo del negro se distingue por una fuerte compresion lateral de la parte anterior, mediante la cual las arcadas zigomáticas, aunque muy aplanadas en si mismas, sobresalen muy notablemente. La parte inferior del rostro se prolonga de tal modo mas allá de la parte superior, que no solamente los huesos de las mejillas son visibles, sino la totalidad de las mandíbulas al mirar desde arriba. La superficie general del cráneo está tambien prolongada y comprimida de una manera notable.

El cráneo mongol se distingue por la anchura extraordinaria de la faz, en la cual la arcada zigomática está completamente desprendida de la circunferencia general, á causa de la enorme prominencia lateral del hueso de las mejillas que, siendo aplanadas, dan una expresion particular á la faz mongola. La frente es tambien muy deprimida, y la mandíbula inferior de tal manera protuberante que es risible cuando se la mira en direccion vertical. Las otras señales características consisten en la tez, en los cabellos y en los ojos.

La familia cáucasa tiene el color blanco, las mejillas coloradas, los cabellos largos, flexibles y de un color negro mas ó menos subido. Los pueblos que pertenecen á esta raza son los europeos, á excepcion de los lapones, de los habitantes de la Filandia y de la Hungría; tambien los habitantes del Asia occidental, comprendiendo en ella la Arabia y la Persia, y aun subiendo hasta el Oby, el mar Caspio y el Ganges; y por último los pueblos del Norte del Africa.

Los cabellos negros, espesos, cortos, lanosos, fuertes y encrespados son la señal distintiva de la raza negra; esta comprende á todos los pueblos del Africa que no pertene-

necen á la cáucasa. La raza mongola es ordinariamente amarilla, de cabellos duros, á clados, negros y tiesos. Esta raza abraza á todas las naciones del Asia que no están comprendidas en las variedades cáucasa y malaya, y se apropia las tribus europeas, excluidas de la primera, así como tambien los esquimales y otros pueblos de la América septentrional. Las razas intermedias tienen tambien caracteres particulares. Los americanos son cobrizos, de cabellos negros, su cara ancha y no muy aplanada. A esta familia pertenecen todos los aborígenes del Nuevo Mundo, excepto los esquimales. Los malayos tienen un color moreno con cabellos espesos, negros y ensortijados, nariz larga y boca grande. Esta raza comprende á todos los indigenas de la peninsula de Malaca y á todos los insulares del mar del Sur.

En cada una de estas razas suele salir de tiempo en tiempo otra variedad que parece indicar en la especie humana un estado mórbido. Se llaman de los *albinos*, cuya piel es de una extremada blancura, cuyos cabellos son finisimos y casi sin color, y los ojos rojos de grande sensibilidad. En general, son de débil constitucion y muy poco inteligentes: anomia inexplicable, bastante para probar que la diversidad de color no supone diversidad de origen en las razas humanas.

Algunos naturalistas, entrando en complicaciones difusas, han establecido un número mayor de razas humanas, subdividiéndolas en clases, especies y familias numerosas, sin otro fundamento para ello que las mas imperceptibles diferencias en el color, en la forma del rostro y en la configuración del cráneo; tambien los ha habido que han distinguido la diversidad de las razas por la estatura, haciendo, por ejemplo, una familia de los patagones, otra de los esquimales, de los lapones, etc.; pero tanto estas variedades con todas aquellas de que pudáramos hablar en este lugar, pueden referirse fácilmente á las cinco que acabamos de explicar. El sabio Cuvier, que no cree reconocer en los malayos y americanos diferencias bastante características para constituir clases diferentes, no admite mas que las tres razas humanas. Sea lo que quiera, esto importa poco para la cuestion que nos ocupa. Lo que importa es averiguar si estas variedades han podido desarrollarse en la especie humana de modo que todas las razas, sea el que quiera su número, traigan su origen de un tronco comun. Esto será el objeto de la cuestion siguiente.

2^o: Las diversas razas humanas provienen de un solo tipo como enseña Moisés?

Antes que la fisiognomica fuese bien entendida, á era, como todas las otras ciencias, hostil á nuestros libros sagrados; pero apenas hizo algunos progresos, ha venido á dar testimonio de la veracidad del historiador sagrado. Aunque esta ciencia está todavía en su infancia, dice Wiseman, se halla bastante adelantada para no permitir dudar fundada-mente acerca del comun origen de todas las razas humanas de una sola familia. Ha llegado á establecer: 1^o que las variedades accidentales pueden desarrollarse en una raza tendiendo á producir en ella caracteres de otra; 2^o que las variedades pueden perpetuarse; 3^o que el clima, el alimento, la educacion y otras muchas causas accidentales pueden influir poderosamente en la produccion de tales variedades, ó al menos hacerlas fijas, características y perpetuas. En prohibidos estos puntos, se abrazan todos los elementos del problema propuesto, porque destruyen la base en que se fundan los adversarios de la revelacion.

Y desde luego comencemos por las pruebas indirectas, sacadas de la analogia. Segun confesion de todos los naturalistas, no es raro hallar en el reino animal y en el vegetal modificaciones importantes en la forma y en los tegumentos; y sin tener en cuenta multitud de plantas, que aunque son diversas, todas tienen el origen de un centro comun, fíjmonos en los animales que nos ofrecen mas aproximada analogia y mas fácil aplicacion. Y es evidente que los animales, aun los que forman una misma especie se dividen, en circunstancias particulares, en variedades tan distintas como las que se observan en la especie humana. Tenemos por ejemplo el perro y el caballo. En cuanto á la forma del cráneo mas se diferenciara el del mastín y el del galgo, que el del europeo y el negro. La especie caballar cuenta en el día treinta razas, todas establecidas sobre caracteres distintos, y frecuentemente tan diferentes en su forma, que parecen pertenecer á otra especie; y sin embargo, está averiguado que todas estas razas vienen de un mismo tronco. Estas variedades se hallan tambien en toda especie de animales domésticos, siempre muy diferentes de los de la misma especie en el estado de selváticas.

El cambio de color no es menos ordinario ni menos notable. En Guinea, las aves y los perros son tan negros como los hombres. La tintura de la piel sufre modificaciones análogas. En vano se ha procurado producir la

laná en las Antillas: cuantos ganados se han llevado allí han perdido su lana y se han cubierto de crin ó pelo. Lo mismo sucede en los climas muy cálidos, como en la Guinea y en los alrededores de Angola.

Es preciso decir lo mismo de la forma y de la estructura de los animales. Segun Borman, los perros europeos degeneran muy pronto y en grado muy singular en la *costa de Oro*; sus orejas se vuelven derechísimas y largas como las de la zorra, cuyo color van también tomando poco á poco; de tal modo que á la vuelta de tres ó cuatro generaciones pierden toda su hermosura, y ya no ladran ni se les oye mas que unos ahullidos iguales á los de las zorras. En vista de tales ejemplos y otros infinitos, que fuera largo enumerar, es evidente que la forma general y la estructura de los animales están sujetas á muchas variaciones. Es preciso, pues, que el clima, los alimentos y otras circunstancias locales tengan la virtud de volver á una cualquiera especie de animales transportados de otros países, á la vuelta de algunas generaciones, de la misma condicion que la raza nativa, puesto que ella pierde toda semejanza con el tronco comun.

Pero si tantas variedades, tan distintas y mas chocantes las unas que las otras, han sido producidas y se han propagado en los animales, ¿no es probable, por no decir cierto, que las mismas causas pueden haber producido los mismos efectos en la especie humana? Esto aparece confirmado por las excepciones que la naturaleza se place en crear en cada familia; pues los cabellos blancos, que son una de las señales distintivas de la raza caucásica, se notan algunas veces hasta en los negros, y entre nosotros no es raro ver cabellos rizados y lanosos, un color oscuro y labios espesos, signos todos característicos de la raza etiópica.

Aun existen entre los hombres variedades mucho mas notables y extrañas que las que constituyen los rasgos específicos de una raza y que se transmiten de padre á hijo. La mas notable es la que se ha manifestado durante tres generaciones en la familia de Lambert, conocida bajo el nombre de *el hombre preoceánico*. El autor de esta raza fué puesto en 1731. Su cuerpo se hallaba cubierto de verrugas sumamente gruesas y de pulguda y media de largas. Tuvo seis hijos afectados de las mismas variedades. Los naturalistas han afirmado que podía salir de ahí una raza particular. Y si así fuese y se olvidase su origen, ¿no sería facil que los naturalistas hiciesen de aquí una especie particular?

¿Pero tendrían razon? ¿Qué se diría de los dedos supernumerarios llamados *sex digiti*, fenómeno que se propaga por la generacion? ¿Se ha llegado jamás ni aun á imaginar que hubiese para ellos una creacion particular? ¿Por qué, pues, pedirías para variedades que no nos parecen mas chocantes, sino porque sus causas y la época de su origen nos son desconocidas?

Queda pues probado, tanto por analogía como por medio de ejemplos directos, que existe una tendencia perpetua en la naturaleza para hacer en nuestra especie variedades de un carácter extraordinario, las cuales se transmiten por la generacion, lo cual establece una fuerte presuncion, por no decir una prueba moral, de que las diferentes razas deben su origen á alguna ocurrencia semejante, y que el aislamiento de una familia y los intermatrimonios la han fijado al cabo y hecho indestructible en las generaciones siguientes.

Añadamos un medio último de prueba que nos ofrece el estudio comparado de las lenguas, y se verá que una transicion de una raza á otra ha debido tener lugar en una época cualquiera.

Todo el mundo conviene, hasta los que niegan la unidad de la especie humana, en que naciones que (cualquiera que sea la distancia que exista entre unas y otras) hablan lenguas, entre las cuales hay alguna afinidad, deben haber estado unidas al principio. Por otra parte, es cierto que naciones que hablan un lenguaje idéntico en sus formas esenciales y en su construccion gramatical, se diferencian entre sí por sus rasgos característicos. Al efecto la India europea, extendiéndose desde el fondo de la India hasta la Islandia, une verdaderamente naciones que no tienen entre sí sino una ligera semejanza en el color y en la fisionomía. Los turcos son fisionómicamente de la raza caucásica, é históricamente tienen su origen en los tártaros-mongoles, que hablan la lengua malaia. Los indigenas de la Abisinia son enteramente negros, y sin embargo es cierto que son de origen semítico y por consiguiente de la raza blanca; su dialecto pertenece á esta familia, y su rostro es perfectamente europeo. Además, como las tres familias de lenguas tienen entre sí mucha analogía, segun se ha demostrado en la conferencia precedente, es justo deducir que ha habido union entre los pueblos que las hablan. Es preciso, pues, que todos los hombres vengan de un solo tipo; de otra suerte sería imposible explicar cómo es que todos ellos hablan una lengua idéntica en cuanto

á lo sustancial. Ha habido, pues, en una época cualquiera desvio de una raza á otra.

¿Cuál habra sido, pues, la causa productiva de las diferencias que se advierten en la especie humana? Los antiguos atribuían únicamente á la accion del sol la diversidad de color. Sin negar la influencia del sol en el color de la piel, es necesario confesar que esta explicacion no está exenta de dificultades; por que si de un lado las mujeres moriscas, que se conservan en casa son casi blancas, de otro tenemos que los niños que nacen blancos se vuelven negros al cabo de diez ó doce dias, por mas precauciones que se tomen para evitarles el calor.

Siguese de aquí que cuando las naciones se formaban, entonces que tenían mas vigor y energia, han concurrido muchas causas á producir esta diversidad. A la accion del clima es necesario añadir la de los alimentos y la educacion, y tal vez otras que hoy no existen. Lo que probará que la reunion de estas causas ha hecho desviar la raza negra de la blanca, es que en el centro de Africa se han hallado pueblos enteros con todos los rasgos y caracteres de la raza caucásica, sin que tuviesen mas que el color de la familia etiópica. Se ha observado que estos pueblos estaban adelantados en la civilization respecto de sus convecinos, y que profesaban una religion que, aunque corrompida en sus dogmas, no podia ser, en cuanto á su moral y su culto, sino el fruto de una revelacion divina, aunque alterada con la specion de las edades.

De aquí se podria tal vez concluir que la deposicion de la frente y la compresion de las sienas, que son las señales distintivas del negro, serian el indicio de la raza mas degradada, y nosotros, tendríamos así dos causas distintas, los rasgos dependerian de la civilization y el color principalmente del clima.

Verdad es que en oposicion á estos hechos se pueden citar otros que parecen contradecirlos; así los descendientes de los ingleses y de los franceses, que en otro tiempo se han establecido en las costas de Africa, no han contraido ninguna alteracion despues de muchas generaciones; y los negros de la América septentrional despues de muchos siglos son siempre negros.

Esto únicamente prueba que nos es desconocido el modo de obrar de estas causas, ó que tal vez, como hemos indicado mas arriba, que ellas no obran ya hoy dia.

Nosotros no pretendemos que un cambio de esta clase tenga lugar siempre, sino que

es posible, y un solo hecho basta para demostrar esta posibilidad, y para imponer silencio á nuestros adversarios. Porque á los ejemplos que llevamos citados, todavía podríamos añadir el de los portugueses de la India, que han llegado á ser á la vuelta de algunos siglos tan negros como los cafres. En cuanto á los negros transportados á la América septentrional, es cierto que comienzan á desviarse de la raza negra. El doctor Prichard asegura, segun respetables autoridades, que á la tercera generacion los que están empleados en el servicio de la casa tienen la nariz menos deprimida, la boca y los labios menos salientes, y que sus cabellos se van haciendo largos de generacion en generacion, mientras que los esclavos que trabajan en los campos conservan mas largo tiempo la forma original. Esto es una nueva prueba de que el clima y sobre todo la civilization influyen poderosamente en las variedades de la especie humana.

Queda, pues, probado: 1.º que en la especie humana la naturaleza tiende á producir variedades en la forma y en el color, y que estas variedades pueden propagarse y fijarse en una familia; 2.º que hallamos en las lenguas y en los signos característicos de diversos pueblos muchos convincentes de su transicion de una raza á otra, y que los hechos recogidos prueban invenciblemente al menos la posibilidad de que la raza negra sea derivada de otra; 3.º que la accion del clima, de los alimentos y de la civilization es la principal causa de estas variaciones, que si no se ve que en el dia se obren estos grandes cambios, es porque estas causas no obran hoy, ó al menos no tienen la misma energia que cuando el mundo salió de las aguas del diluvio. Tales son los resultados obtenidos por la ciencia mejor informada: examínense sin prevenccion y se quedará convencido de esta verdad consignada en la primera página del libro de las revelaciones divinas: *Que la especie humana desciende de un solo tipo.*

Ponderemos á continuacion citas tomadas de los mejores naturalistas, limitándonos á Buffon, Cuvier, Blumenbach, Lacepede y Virey, cuyas investigaciones prueban la unidad de la especie humana, y refutan la opinion de los filósofos impíos que hacen de los negros una raza aparte.

Buffon. «La diferencia entre los negros y los blancos sería una fuerte prueba de diferente origen entre los unos y los otros, si al presente no estuviere completamente averiguado que los blancos pueden volverse negros, y los negros blancos, y si no se cono-

ciera la causa capaz de ennegrecer á una parte de los habitantes de la tierra.»

Buffon expone estas causas de esta manera palpable. « La primera, dice, es la influencia del clima; la segunda, que tiene mucha relación con la primera, son los alimentos; y la tercera, que todavía tiene mas analogía con la primera y segunda, son las costumbres. El calor del clima es la principal causa del color negro. Cuando este calor es excesivo, como en el Senegal y en la Guinea, los habitantes son del todo negros; cuando es un poco mas templado, como en las costas orientales de Africa, son menos negros los habitantes; cuando es todavía mas templado, como en el Mogol, en Berberia, en Arabia, etc., los habitantes son solo morenos; y finalmente cuando el calor es moderado como en Europa y Asia, los habitantes son blancos. Solo se observan algunas variedades que provienen únicamente del modo de vivir. » Buffon concluye así: « Todo está acorde en probar que no se compone el género humano de especies esencialmente diferentes, sino que al contrario no ha habido originariamente mas que una especie de hombres que, habiéndose multiplicado y extendido por toda la superficie de la tierra, ha sufrido diferentes cambios por la influencia del clima, por la diferencia de alimentos, por el método de vida, por las enfermedades epidémicas, y tambien por la mezcla variada al infinito de individuos mas ó menos semejantes; que desde luego estas alteraciones no eran tan marcadas, ni producian variedades individuales; que despues han llegado á ser variedades de la especie, porque se han generalizado y han sido constantes por la acción continuada de estas mismas causas; que se han perpetuado y perpetúan de generacion en generacion, así como las deformidades y enfermedades de los padres se propagan á sus hijos, y que por último, como ellas no han sido producidas mas que por el concurso de causas exteriores y accidentales que no se han radicado y hecho constantes sino por la acción constante de esas mismas causas, es muy probable que desaparecerian con el tiempo, ó aun que llegarían á ser diferentes de lo que son en el día, si estas mismas causas no subsistieran, ó si variarían estas otras circunstancias, y en virtud de otras combinaciones. »

Discurso sobre las variedades en la especie humana en las obras de Buffon.

Despues que Buffon ha escrito, se han hecho nuevas observaciones que todas vienen á confirmar lo que él ha dicho, y á ponerlo fuera de toda incertidumbre.

Si no se obrase por preocupaciones sistematicas, dice un célebre médico, no se hubiera indagado con tanto calor, por qué hay hombres negros en la zona tórrida y hombres blancos en la templada. Si no hubiera habido prevenciones, se hubiera visto claramente que la diferente temperatura de los climas produce esta diferencia en el color de los habitantes.

No hay negros sino en las tierras extremadamente calorosas; no hay uno fuera de los límites de la zona tórrida.

Cuvier. « Se ha observado que las propiedades mas variables en los cuerpos organizados son la estatura y el color. La primera depende principalmente de la abundancia del alimento; la segunda de la influencia de la luz y de otras muchas causas tan escondidas, que parecen variar frecuentemente por casualidad. Con todo, las variaciones de la una y de la otra de estas cualidades se contienen en ciertos límites que pueden determinarse por la observación.

« La longitud y espesor del pelo son muy variables. Así una planta velluda, trasplantada á un terreno húmedo, llega á ser casi lisa. Los animales pierden su pelo en los países cálidos, y lo aumentan en los frios. El número de ciertas partes exteriores se halla á veces aumentado ó disminuido. Los dedos, los dientes, etc.; partes poco importantes cambian de proporcion, se alargan ó se acortan (las barbas, las uñas); partes de naturaleza análoga se cambian las unas con las otras (los estambres en pétalos en las flores dobles, etc.).

« Se puede creer, añade este célebre naturalista, que las grandes diferencias que se hallan en los hombres, en los perros y otros animales repartidos por el globo, no son sino el resultado de causas accidentales; en una palabra, de variedades. *Cuadro elemental de la historia natural de los animales por Cuvier, Paris, 1797, en 4.^{ta}, p. 14 y 73.*

« Nada impide admitir que de la especie originaria se hayan formado por causas accidentales especies caracterizadas, cuyos rasgos no se pierden ya. » *Ibid.*, p. 14.

El autor de una obra moderna llena de erudición y de gusto, que ha obtenido gran resultado, hace con este motivo reflexiones que vamos á copiar:

« Sabemos que los naturalistas distinguen á lo menos tres razas de hombres que difícilmente consentirían en hacer salir de un mismo tronco; las diferencias que hallan mas sensibles son las que existen entre las razas atláica, cáucasa y negra. Se sabe que

estas diferencias no consisten solamente en el color y en la configuración del semblante y de los huesos de la cabeza, sino tambien en la forma del cuerpo. En el día nadie ignora que la abertura del ángulo facial fijada para los europeos entre los 80 y 90 grados, es para los negros entre los 73 y los 80. Independientemente de estas grandes divisiones, se puede observar al menos una veintena de familias que difieren sensiblemente.

« Las especies del perro, muchos mas numerosas, se diferencian cien veces mas; y sin embargo los mismos naturalistas no solamente las hacen provenir de una especie única y primitiva, sino que todavía consideran el lobo como el tipo y tronco comun de todos estos animales. El galgo y el mastín ofrecen seguramente mucha mayor semejanza entre ellos que la que se advierte entre el europeo y el negro. Cuando se ve á los hombres blancos hacia el Norte, morenos hacia el Mediodía, y negros bajo la línea, cuando se les ve llegar á este color por grados insensibles se puede con toda seguridad de causa admitir la influencia de los climas, sobre todo cuando todos la admiten respecto de los animales. » Véase *De la religion de los hebreos y de su cosmogonia* por Mr. Montbrun, Paris, 1810, t. 1.^o, pág. 134.

Blumenbach. « Todas las razones fisiológicas persuaden que la raza cáucasa debe ser mirada como el tipo de las demas... »

« Los pueblos dispersos en las diferentes regiones del mundo han probado efectos diferentes de la influencia mas fuerte ó mas larga del clima y de otras causas de degeneración. O se han apartado mas de la figura primitiva de la raza média, ó se han aproximado mas á ella. Los jacales, por ejemplo, los cosacos, los esquimales y otros pueblos de la raza mongola que habitan en los polos, han degenerado de una manera admirable de la hermosura de la raza média, mientras que por el contrario la raza americana, aunque mas apartada del Cáucaso, pero habiendo un clima mas templado, se ha aproximado mucho á ella. No es mas que en la parte mas septentrional de la América, es decir, en la tierra del fuego, en donde esta raza recae todavía en la conformación de la raza mongola. Lo mismo sucede con la raza etiópica ó negra bajo el clima abrasador del Africa: ella ha pasado á la otra extremidad en la graduación de variedades de la especie humana, mientras que en la Nueva Holanda y en las Nuevas Hebridas, en que el aire es mucho mas suave, pasa á la raza malaia. *Manual de Historia natural, t. 1, pag. 77 y 78.*

Lacépède. « La especie humana, de la cual hemos procurado dar un cuadro rápido, es única en su género; pero se notan en los individuos que la componen conformaciones particulares y hereditarias, producto de causas generales y constantes, y que constituyen razas distintas y permanentes. La naturaleza del aire, de la tierra y de las aguas; la del suelo y productos que da; la elevación del territorio sobre el nivel de los mares; el número, altura y disposición de las montañas; la regularidad ó variación del temperamento; la intensidad y la duración del frío ó calor son causas poderosas y durables que han creado, por decirlo así, las grandes razas de que se compone la especie humana. De estas se cuentan varias; pero tres se distinguen por caracteres mucho mas fáciles de comprender; estas tres son el árabe, europea ó cáucasa, la mongola y la negra ó etiópica. » *Historia natural del hombre, Paris, 1827, pag. 247 y sig., y vol. 21 del Diccionario de ciencias naturales.* « A la manera que las dichas habitan en montañas y en llanuras en el interior de los vastos hospues, ó á la orilla de los mares, en la zona tórrida ó en la vecindad de las zonas glaciales, ú se hallan, expuestas á un calor excesivo ó á una temperatura dulce, á la sequedad ó á la humedad, á la violencia de los vientos ó á la abundancia de las lluvias, y que reciben la acción de estas fuerzas diferentes, mas ó menos combinadas, pueden ofrecer y presentan, en efecto, notables diferencias en su exterior, y forman por la naturaleza y color de sus tegumentos, variedades notables. El tejido mucoso y reticular que se halla entre la epidermis y la piel propiamente dicha, se organiza ó altera de una manera capaz de mudar el color general de los individuos, la naturaleza, longitud y domas caracteres de los cabellos y pelos (1). Esto, por lo general, es blanco en los países templados y casi frios; los cabellos son allí muy largos y finisimos. El blanco se cambia en pardo, en moreno, en amarillento y cobrizo, y aun en negro muy subido, á medida del aumento del calor, seguido ó otras causas análogas; la longitud de los cabellos disminuye al mismo tiempo, su finura desaparece, y su naturaleza se cambia; se convierten en lanudos ó algodonosos.

« Las diferentes razas de la especie humana... »

(1) Los diferentes colores que caracterizan estas variedades de la especie humana, residen, no en la epidermis, sino en el tejido mucoso y reticular que se encuentra inmediatamente debajo. *Cuvier. Tratado elemental de la historia natural de los animales.*

no están sujetas á otras alteraciones producidas por la influencia del clima, mas profundas, pero menos constantes, y que no pasando siempre del padre ó de la madre á los hijos, no forman variedades propiamente dichas, y no deben considerarse sino como modificaciones individuales.

« Tal son por ejemplo las *papieras* y el *cretinismo*, ó enfermedad de los *cretinos*. La degeneración de estos cretinos se ha atribuido al efecto de una humedad excesiva, y grande estagnación en el aire de la atmósfera reunidas á otras circunstancias del clima.

« Otra degeneración notable de la especie humana produce alguno de los efectos que acabamos de describir; esta consiste particularmente en la alteración del color de la piel y de los pelos que han formado raíz en ella. Hemos visto que en todas las razas humanas el color y la naturaleza de la piel, del mismo modo que las de los cabellos y pelos que la guarnecen, dependian de este tejido reticular que se halla bajo la epidermis y sobre la piel propiamente dicha, y que es mas ó menos blanco en la raza caucásica, de color de aceituna en la mongola, y negra en la etiópica. Una alteración particular de este tejido ó la ausencia de este órgano es el sintoma de una degeneración particular, que el hombre puede presentar á cualquier raza que pertenezca, y en la que pueden verse caracteres mas ó menos numerosos y mas ó menos pronunciados en todos los cuerpos organizados, tanto en las plantas como en los animales, en los vegetales *pauciceros* como en los *micrófitos* y las aves, principalmente en los monos, ardillas, topos, los ratones, los puercos de la India, las cabras, las vacas, los caballos, los jabalíes, los elefantes, los loros, los cuervos, los mirlos, los gorriones, los canarios, las pollas, las perdicas y los pavos, entre los cuales se encuentran individuos cuyo color es blanco, la vista delicada y el temperamento muy débil. Los hombres en los cuales se halla esta alteración notable, son llamados en Europa *blafardos*; *bedos*, *chacragas* ó *hakertacs* en las Indias; *dondos*, *albinos*, *negros-blancos* en Africa; y *darios* en América; su color es en todo ó en parte blanco, su piel blanda, floja y arrugada; sus cabellos y sus pelos blancos y suaves; sus ojos, cuyo iris es rojo, no pueden soportar la luz del día, y no ven con distinción sino mientras el crepusculo; su cuerpo no tiene vigor; á su espíritu le falta fuerza, y apenas pueden arrastrar una vida lánguida.

« La tierra nos manifiesta por todas partes

la influencia del suelo, de las aguas, del aire y de la temperatura sobre la organización y las facultades de la especie humana. » *Historia natural del hombre*, p. 276, 278 y 281.

Lacepède. Segundo trozo sobre la unidad de la especie en la raza humana.

« El clima que produce las variedades secundarias de la especie humana, que altera los tegumentos, que cambia de blanco en negro, y de negro en blanco el color de cada raza, y de negro en blanco el color de cada raza en particular, ¿ ha podido obrar bastante profundamente sobre las partes sólidas del hombre para desnaturalizar sus proporciones, ó imprimirles las dimensiones particulares que constituyen las diferencias de razas? »

« No podemos dudar que el rigor de la temperatura que pesa constantemente sobre la raza hiperbórea haya producido esta raza, alterando todas sus dimensiones y modificando las proporciones de una ó de otras dos razas, cuyos individuos mas ó menos numerosos, obligados por causas físicas ó morales hayan dejado su país natal, y hayan sido llevados hasta el círculo polar, y forzados á habitar esta region fria, como su asilo unico. Pero con respecto á otras razas, y particularmente á la mongola y á la árabe europea ocurre una gran dificultad. ¿ Como el clima, podría preguntarse, ha podido producir los caracteres profundos que distinguen la una ó la otra de estas razas, cuando vemos á cada una de estas grandes tribus de la especie humana variar en su exterior, en sus cabellos, en su piel, en sus colores, á medida que está expuesta á mayor calor ó frio, á mayor sequia ó humedad, pero mostrando siempre la misma armazon oseosa, y haciéndose notable, así en la linea como en los yeilos septentrionales, por esos rasgos pronunciados que nos sirven tan fácilmente para reconocerla? »

« Hé aqui lo que puede responderse á esta objeción. Las grandes variedades de la especie humana no son la obra reciente de causas naturales á cuya influencia el hombre está sujeto, como las variedades de la piel y las cualidades de los cabellos. Cuando la especie humana ha sido dirigida en grupos fundamentales, cuando los diferentes razas han comenzado á existir, la acción del clima era muy superior á lo que es hoy día. Estas razas han sido producidas en una época muy próxima á la última catástrofe que ha alterado la superficie del globo. Todos los elementos, cuya reunion compone lo que llamamos *influencia del clima*, presentaban en estos tiempos de agitaciones y desórdenes

una fuerza muy superior á la que puede manifestar al presente, cuando una calma de muchos siglos ha paralizado todas las fuerzas de la naturaleza las unas por las otras, y ha encaadenado la actividad de un gran número de sustancias por su proximidad, su mezcla y sus combinaciones. En esta época de destrucción en que las leyes conservadoras estaban por decirlo así suspensas, en que cada cosa estaba de alguna manera fuera de su lugar, los extremos estaban mas lejanos los unos de los otros, los contrastes eran mas vivos, los cambios mas repentinos; y esta sucesión rápida de causas contrarias, ó á lo menos muy diferentes, es la que ha hecho siempre experimentar á los seres orgánicos, los efectos mas notables, las modificaciones mas profundas, las mas duraderas alteraciones.

« El clima, pues, ha debido producir con el tiempo las razas de la especie humana, así como hoy día produce aun las variedades secundarias. » *Mira general de los progresos de muchos ramos de las ciencias naturales despues de la muerte de Buffon*, por *Lacepède*, Paris 1822, p. 84.

Frey. « Will, Hunter, Stanhope, Smith, Zimmerman, despues de Buffon, sostienen que una atmósfera siempre ardorosa, sobre todo con esos vientos inflamados, el samiel, el kampsin, el harmattan, que devoran toda frescura húmeda y toda verdura en los desiertos africanos ó de la Australasia, que un sol siempre ardiente deseca, concentran y ennegrecen todas las sustancias vegetales y animales disipando la linfa que humedecia, y daba flexibilidad á todos los órganos. El frio por el contrario, impidiendo la transpiración, aumenta la humedad de los cuerpos, y esta hace la piel y los pelos mas blancos, mas lisos y mas largos. Así los daneses, los alemanes y los ingleses son blancos; así las fiebres, las zorras, los osos y muchas aves en el Norte se emblanquecen con el invierno y toman color en el verano. Bajo nuestro cielo nebuloso, durante las largas noches del invierno toda la naturaleza se queda pálida y sin color: el hombre blanco llega á ser flemático, de un temperamento flemático ó inerte. El paciente holandés parece ser un ser impasible en Batavia en medio de los malayos turbulentos y atroces; así como tambien su piel blanca hace contraste con la piel morena y de color de aceituna, con los cabellos negros y duros de estos; aquel es todo flemá, estos todo bilis.

« Se puede, pues, concluir (añaden estos autores) que los pueblos septentrionales de

grande estatura, de cabellos claros y lisos, de ojos azules, son diametralmente opuestos á los habitantes de la zona torrida de pequeña estatura, de complexion seca y de cabellos crespos y negros como su tez.

« Los habitantes de las regiones intermedias formarán la variación média. Hé aqui pues los septentrionales colocados á una extremidad, como los negros lo estarán á la otra en las razas humanas. Así observaremos que las naciones toman el color negro á medida que se aproximan al ecuador; que sus cabellos se manifiestan secos, como si estuvieran expuestos al vivo calor del fuego, y se ensorrijan como la lana; notamos sin embargo que la lana de los carneros en Africa llega á ser dura y casi lisa como la crin; no es pues sorprendente que los negros abandonados desde la infancia y siempre expuestos, bajo un sol ardiente, al aire libre, raras veces protegidos por habitaciones, hayan adquirido con la sucesión de los siglos este color subido. Y Ovidio dijo de la caída de Faeton:

Inde etiam Æthiopes nigrum traxisse colorem
Credidit.

« Transportámonos al suelo árido y abrasado de la Guinea y de la Etiopia, y veamos al sol arrojar continuamente olas de una luz viva que ennegrece, deseca y carboniza, por decirlo así, á los hombres, á los animales, á las plantas expuestas á sus rayos abrasadores. Los cabellos se ennegrecen y ensorrijan por la desecación sobre la cabeza del negro; su piel suda un aceite negro que mancha la camisa; el perro, perdiendo su pelo, lo mismo que los mandriles y los bueinos, no muestra mas que una piel negra ó morada. El gato, el buey, el conejo se vuelven negros; el carnero pierde su lana blanca y fina para erizarlo de pelos ásperos y fuertes. El pollo se cubre de plumas de un negro muy subido; así en Mozambique hay pollos negros, cuya carne es negra. Una tinta sombría ennegrece á todas las criaturas. El follaje de las yerbas, en vez de la verdura fresca y alegre de nuestros climas, es livido y acre. Las plantas son pequeñas, leñosas, escabrosas y secas, y su madera adquiere solidez y matices amarillentos y oscuros, como el ébano, el *aspaltalo*, el *sideroxylon* y el *clerodendron*, especies de madera negra. No hay allí yerbas verdes, pero si puas coriáceas y sólidas. Los frutos se ocultan muchas veces, como los cocos, en cortizas leñosas y negras. Casi todas las flores están pintadas de colores subidos y vivos, ó bien

violetas plumizas de un rojo negroizo, como la sangre seca. También las hojas tienen manchas negras, como el sombrero foliaje del *capsicum*, del *cestrum*, del *strychnos*, del *solanum*, del *apocynum*, etc., que provienen de plantas acres, venenosas, en tanto grado sus principios son exaltados, llevados al último grado de cocción y madurez por el ardiente sol y la luz del clima africano; también muchos surten úntes muy subidos, el azul de índigo, como los *perium*, los *asclepias* y otras apocíneas peligrosas.

«Lo mismo que el carrero venían a ser los perros en África pardos y negros; de aquí resulta también una disposición a los desarrollos biliosos, como la ictericia, las fiebres biliosas, y sobre todo la fiebre amarilla ó tifus icterado, que ataca tan violentamente a los habitantes de los climas cálidos. Sin embargo, los negros no padecen esta última enfermedad.»

«Es imposible disputar estos hechos....»

«Admitiendo la relación antigua del Génesis y la dispersión de los tres hijos de Noé, se puede mirar á Jafet como el tronco originario de la raza blanca ó árabe, indiana, cética y cáucasa; su nombre ha sido también conocido de los antiguos griegos y romanos. *Audax Japeti genus*. Horacio, l. 4, od. 3, y Hesiodo. Sem será el tronco de la numerosísima raza amarilla y de color de aceituna ó chinesca, *kalmukamogola* y japona.

«Como los americanos parecen ser una rama emanada de estas grandes familias, pueden también ser mirados como la descendencia de Sem. Cam, malido por su padre, que le predijo que sus descendientes serian esclavos de los descendientes de sus hermanos, puede ser reconocido en la raza negra y hottentota. Los malayos, que componen nuestra cuarta raza, parecen ser una mezcla de las generaciones de Sem y de Cam. Esta reunión comprende á todo el género humano bajo tres troncos originales principales (1).

«Cada uno de los troncos humanos, ó mas bien cada grande familia, parece haber tenido en el principio hogares primitivos de donde se diseminaron y espacieron poco á poco por sucesivos acrecentamientos de población. Estos hogares de propagación pue-

(1) El Génesis.— Strabon, *Geogr.*, l. 5, 4; Pomponio Meta, de *Sita orb.*; *Antiquitates*, *Vinea Bibliotheca de Ercio*, hacen del Oriente y del Asia la cuna de todas las naciones del mundo. Los espíritus pretendían ser aborígenes, según Dionoro, l. 4, y Hesiodo, l. 2.

Fallas, *Sobre la formación de las montañas*; Bailly, *Cartas sobre el origen de las ciencias*; William Jones, en las *Indagaciones asiáticas*; y Linneo creen que el Asia fue la primera mansión del género humano.

den reconocerse en la hermosura y perfección corporal de cada familia que los habita; y como el género humano se ha dispersado por colonias, es muy natural el creer que en primer lugar se extendió por la tierra firme antes de exponerse en un océano desconocido, y á la inconstancia de las aguas. Así las familias humanas parecen haber establecido sus primitivos hogares en las elevaciones del globo, y que de allí han bajado como los ríos desde las montañas hasta las extremidades de la tierra y de las orillas de los mares. En los países montañosos se halla la especie humana mas floreciente, mas libre y mas fecunda; las montañas son la primera patria del género humano, y de allí corre sin cesar la urna de las generaciones; de su seno salen las colonias y los conquistadores para bajar á los llanos fértiles, como el águila y sus hijos se dejan caer de lo alto de las rocas sobre la presa apacible de las campiñas. *Hist. del gén. hum.*, por M. Virey, t. 1.º y 2.º, edic. de 1823; y *Nuevo Dicionario de la Hist. nat.*, segunda edic. de Deterville, 1818, art. *Hombre*, por M. Virey.

Razon (Facultad de razonar). Si nos hallásemos obligados á aprender de los filósofos cuál es el grado de fuerza ó debilidad de la *razon* humana con respecto á la religion, nos hallaríamos muy embarazados. De un lado los déstas han elevado hasta las nubes la penetración y la infalibilidad de esta facultad, á fin de probar que no es preciso revelacion alguna para conocer á Dios, y para juzgar cuál es la verdadera manera de adorarle. De otro lado los ateos modernos han repetido todas las quejas que los epicúreos han dirigido en otro tiempo á la *razon*; ellos la han rebajado hasta colocarla al lado del instinto de los brutos. Bayle tan pronto ha exaltado las fuerzas y los derechos de la *razon*, como los ha reducido á la nada bajo pretexto de someter la *razon* á la fe. Estos disertadores podian tal vez haber evitado este caos de contradicciones, si su principio hubieran sido el considerar los diversos estados en que puede hallarse la *razon* humana.

En efecto, falta mucho para que todos los hombres sean dotados del mismo grado de *razon* ó inteligencia. Esta facultad sería casi educada en un hombre que no hubiese recibido educacion de ninguna clase, que desde su nacimiento se hallase abandonado en los bosques y entre los animales. Todos nuestros conocimientos especulativos nacen de las lecciones que hemos recibido de nuestros semejantes. Por medio de la sociedad logramos á ser todo lo que somos. No hay, pues,

comparacion alguna que hacer entre la *razon* de un filósofo, cultivada y perfeccionada por largos estudios, y la de un salvaje casi estúpido y reducido al instituto único; entre la inteligencia de un hombre educado en el seno de la verdadera religion, y la de un infiel imbuido desde su infancia en los mas groseros errores; entre la manera de pensar de un alma nacida para la virtud. Argumentar acerca de la fuerza ó debilidad de la *razon* en general, haciendo abstraccion de las causas que pueden aumentarla ó disminuirla, es hacer especulaciones en el aire, es caerse al primer paso.

«Hablando con propiedad, la *razon* no es absolutamente otra cosa, que la facultad de ser instruido, y de sentir la verdad cuando esta se nos propone; pero no es la facultad de descubrir toda verdad por nosotros mismos y por nuestras propias reflexiones sin ningun auxilio extraño. Desgraciadamente con la misma facilidad que somos ilustrados con instrucciones verdaderas, podemos extraviamos con falsas lecciones. No vemos ningun hombre educado en falsos principios que no tome sus errores por verdades evidentes; en las naciones bárbaras é ignorantes, los usos mas absurdos pasan por leyes naturales y dictadas por el sentido comun.

Aun cuando para conocer á Dios y su verdadero culto, la revelacion divina no hubiera sido necesaria á un entendimiento sublime como el de Platon, de Sócrates, ó Ciceron, no se seguiría que haya sido superflua para ilustrar el corazón de los ignorantes cegados al nacer por las falsas lecciones de una educacion pagana. Tales sin embargo el sofisma ordinario de los déstas; ellos dicen: la mayor parte de los filósofos antiguos, después de haber renido los conocimientos adquiridos durante quinientos años, despues de haber viajado y consultado los sabios de todas las naciones, han llegado á formarse un plan de religion, pura é irreprensible; luego no ha sido precisa la revelacion para ningun pueblo. Aun cuando el hecho que dicen fuese tan verdadero como es falso, la consecuencia estaria muy mal deducida. La generalidad de las naciones no está en estado de hacer los mismos estudios que los sabios de la Grecia y de Roma. ¿Qué le importan las luces de los filósofos, si no llegan hasta él, si no comprende nada de su doctrina, ó si sus señores orgullosos la guardan para sí solos?

«Mas los antiguos filósofos eran mas modestos y de mejor fe que los modernos; recono-

cian la necesidad de una revelacion sobre natural para conocer la Divinidad, y para saber qué culto es preciso rendirle: podrían reunir fácilmente un sin número de testimonios que ellos han tributado á esta verdad. Si este sentimiento no hubiera sido comun á todos los pueblos, estos no hubieran dado crédito tan fácilmente á los que se han anunciado como inspirados. Por otra parte, está demostrado por los hechos que, sin este auxilio sobrenatural, los filósofos se han extraviado en materia de religion tan groseramente como el vulgo, y que han sancionado con su sufragio todos los errores y todas las supersticiones que han hallado establecidas.

«Consultese la historia, recórrase el universo de un extremo á otro para descubrir lo mejor que la *razon* ha hecho en materia de religion, y no se hallará por todas partes mas que un politeísmo insensato, una idolatría grosera. Discurriendo malisimamente todos los pueblos, han juzgado que se debía dar culto á los astros, á los elementos; á todas las partes de la naturaleza; á las almas de los muertos y aun á los animales. Los filósofos razonadores por excelencia han decidido de una precisa observar esta religion una vez establecida por las leyes, y que fuera locura quererla cambiar. Cuantos han conocido la religion de los judios, la han condenado, porque no admitía mas que un solo Dios. Consecuentes en esta manera de raciocinar, reprobaron el cristianismo en su nacimiento, y escribieron libros enteros para probar que no era una religion razonable. Tales han sido los grandes adelantamientos de la *razon* humana en aquellos siglos y en aquellos pueblos en que parecía haber adquirido un desarrollo mas completo.

«También cuando los déstas vienen realizando la suficiencia de la *razon*, si se les pregunta en qué experiencia se fundan para juzgar así, no pueden responder ni una palabra. Para saber qué debemos pensar sobre esto, tenemos una garantía mejor que todas sus especulaciones, y es la conducta que ha seguido la Próvidencia despues de la creacion. Dios no ha esperado á que el hombre raciocinase antes de enseñarle una religion; la ha revelado á nuestro primer padre para él y para sus descendientes. En todo el universo no hallamos mas que una religion verdadera, á saber: la que Dios ha revelado á los patriarcas por Adán, á los judios por Moisés, y á todos los pueblos por Jesucristo. Hasta el presente, transcurridos ya 6,000 años, todas las naciones que no han sido ilustradas por esta antorcha, todavía están sumergidas en

las mismas tinieblas que los pueblos antiguos. Nos parece que una experiencia de 6,000 años es bastante larga para demostrar de qué es capaz la *razon* del hombre.

Cuando los deístas nos presentan la pretendida religion natural que ellos han forjado como la obra de la *razon* sola; nos engañan groseramente; y si la hubieran inventado ellos si no hubiera sido educados en el seno del cristianismo? Tanto como los filósofos de Roma, de la Grecia, de la China y de las Indias; porque no es regular quieran obligarnos á creer que ellos tienen mas talento y sagacidad que todos estos razonadores. Es, pues, su pretendida religion natural muy sobrenatural en el fondo, y puesto que el que no ha tenido ningún conocimiento en la revelacion, no ha pensado jamás en el sistema de los deístas. Una cosa es decir que la *razon* humana, una vez ilustrada por la revelacion, es capaz de sentir y de probar la verdad de los dogmas primitivos profesados por los patriarcas, y otra sostener que la *razon* sola sin ningún auxilio extraño puede descubrirlos. Los deístas confunden estas dos cosas, y fundan sobre este equivoco todos sus sofismas: ¿es inadvertencia ó mala fe? Un hombre de algún grado de inteligencia es capaz de comprender el sistema de Newton, de penetrarse de sus pruebas, y de comprender sus consecuencias cuando se le pone á la vista el todo; ¿se sigue de aquí que esté en disposicion de inventarlo, aun cuando no se le hubiese hablado de él?

Se disputa vivamente para saber si los misterios ó dogmas incomprendibles que la revelacion nos enseña, son *contrarios á la razon*, ó si solamente debe decirse que son *superiores á las luces de la razon*. Parécenos que tambien hay aquí un equivoco. Si la *razon* fuese la capacidad de conocerlo todo, los misterios serian contrarios á la *razon*, puesto que allí nada concibe; pero si nuestra *razon* no es en el fondo mas que el conocimiento de un pequeño número de objetos, si por otra parte nos vemos obligados á creer una infinidad de hechos tan incomprendibles para nosotros como los misterios de la religion, ¿en qué sentido son estos contrarios á la *razon*?

Cuando se habla á un ciego de nacimiento de los colores, de la pintura, de un espejo, de una perspectiva, no comprende mas de esto que del misterio de la Sma. Trinidad; sin embargo, seria un insensato si no creyese sobre todas estas cosas á los que tienen vista. Si este ciego se empeñase en sostener que es contrario á la *razon* el que una superficie

plana produzca una sensacion de profundidad, que la cabeza de un hombre sea representada en la caja de un reloj, etc., ¿qué responderiamos? Lo diriamos: Todo esto es contrario á la débil medida de sus conocimientos, pero esta medida y la *razon* no son la misma cosa. Y cuando Dios nos revela su naturaleza, sus atributos, sus designios, lo que ha hecho, lo que quiere hacer, ¿no somos nosotros respecto de estas cosas ciegos de nacimiento?

Los deístas forman contra los milagros el mismo sofisma que contra los misterios; estos, dicen ellos, son contrarios á la *razon*, y los milagros son contrarios á la *experiencia*. Por *experiencia* entienden, sin duda, el testimonio constante y uniforme de nuestros sentidos. Si nuestros sentidos atestiguan todo lo que ha sido, todo lo que es y lo que puede ser, un milagro seria evidentemente contrario á la experiencia; ¿pero su testimonio se extiende á tanto? Decid á un ignorante que una limaza á quien se corta la cabeza, vuelve á criar otra: esto es una fábula, contestará al momento: una experiencia tan antigua como el mundo prueba que un animal á quien han cortado la cabeza, muere, y no puede de ningún modo volver á tener otra. Afirmad á un habitante de la Guinea que por medio del frio el agua puede ponerse tan sólida y tan dura como una piedra: no creo nada de esto, dice; yo sé, porque una experiencia constante lo confirma, que el agua es siempre líquida. ¿Pero qué prueba la pretendida experiencia de estas gentes? Que no han visto jamás lo que se les cuenta: es lo mismo que el que jamás ha visto milagros. Además, llamar *experiencia* al defecto mismo de experiencia, es abusar de los términos tan groseramente, como llamar *razon* al defecto de conocimiento ó ilustracion.

Confundiendo de este modo todas las nociones, los incrédulos argumentan-hasta perderse de vista, declaman contra la religion y contra los que la profesan. Dicen que por la creencia de los misterios se destruyeron la *razon* y se embargaron; que quieren robar al hombre el privilegio mas precioso, cual es dirigirse por sus propias luces; que insultan la divina Sabiduria, suponiendo que ha dado al hombre en su *razon* una guia falsa y engañadora; que bajo pretexto de cautivar al hombre bajo el yugo de la divina palabra no busca sino el modo de someterlo á sus propias ideas, etc.; ¡Clamores insensatos! Es como si dijese que afirmando á los ignorantes hechos que no han visto, que tal vez

no verán nunca, destruímos la experiencia, les embargamos el uso de sus ojos y el testimonio de sus sentidos; que insultamos la Sabiduria divina, suponiendo que da al hombre en sus sensaciones una guia falsa y engañadora.

Cuando Dios nos enseña por revelacion verdades que de otra manera no podriamos concebir, y que no conocemos, lejos de destruir nuestros conocimientos, extiende su esfera como aquel que instruye á los ciegos de nacimiento sobre los fenómenos de la luz y de los colores. No nos impide el uso de nuestra *razon*, sino que nos enseña sus limites y el uso legitimo que debemos hacer de ella. Debe examinarse con cuidado si es ó no verdad que Dios ha hablado. Una vez probado este hecho con solidez, la *razon* nos dice que es preciso creer, que es menester imitar la docilidad del ciego de nacimiento y de los ignorantes con respecto á un hombre que los instruye en cosas que ni ven, ni sienten, ni comprenden.

Desde que se quiere aplicar los argumentos de los incrédulos á otro objeto diferente que á la religion, son evidentemente absurdos; querer demostrar las fuerzas y los derechos sagrados de la *razon* desrazonando, no es este el medio de persuadir á los hombres sensatos; y desgraciadamente encuentran solo entendimientos superficiales que se dejan confundir con sus sofismas.

4. *Objecion*. La *razon*, dicen los deístas, es la *sola* guia que Dios ha dado al hombre para conducirse, para dirigir sus acciones, para conocer á Dios; él se contradiría si nos mandase renunciar á ella.

Respuesta. La falsedad de esta máxima está ya demostrada; es falso que la *razon* sea nuestra *única* guia. En la mayor parte de nuestras acciones naturales, Dios nos ha dado por guia el instinto y el sentimiento, como la *razon* de nada nos serviria respecto á esto. ¿Es por ventura la *razon* la que nos enseña que tal fruta, que tal alimento no es saludable ó pernicioso, que tal agua puede mitigar la sed, que la ropa nos pone al abrigo de las injurias del aire? Cien veces han declarado los filósofos que si el hombre no tuviese mas guia que la *razon*, el género humano no hubiera tardado mucho en perecer.

En las cuestiones de hecho y experiencia, el razonamiento no sirve de nada; estamos obligados á tomar por guia el testimonio, ya de nuestros propios sentidos, ya de los del publico; lo estamos tambien á fiarnos en la certidumbre moral; y seria insensato el hom-

bre que en estas circunstancias dirigiese sus consultas únicamente á la *razon*.

Con respecto á la religion, Dios, desde el principio del mundo, se dió á conocer al hombre por medio de los sentidos, instruyéndole de viva voz y por consiguiente por revelacion. ¿Qué fruto podia entonces sacar el hombre de la *razon*? No hubiera tenido solamente un lenguaje formado si Dios no se le hubiese dado al mismo tiempo que la facultad de hablar. Además, esta religion primitiva revelada á nuestro primer padre, ha debido servir para él y para sus descendientes; y todos los que se han separado de ella, ya por desgracia ó voluntad, y no han tenido otra guia que la *razon*? han caido en el politeísmo y en la idolatria. Es, pues, absolutamente falso que la *razon* sea la sola guia que Dios nos ha dado para que le conozcamos, para convenceremos de su existencia, y para saber qué culto le debemos rendir.

Algunos modernos pretenden que no se puede por la *razon* sola demostrar la existencia de Dios. He aquí las respuestas de las *Confesiones de Bayeux*:

«Hacia el fin del último siglo, Emmanuel Kant intentó subir hasta el origen de todos los conocimientos humanos, y reformar la enseñanza filosófica de las escuelas. No viendo en los cuerpos unos simples fenómenos, no admitiendo otro principio de certidumbre que la experiencia, pretendió que no hay en ella ninguna relacion necesaria entre nuestras ideas y la realidad de las causas exteriores que son su objeto. De aquí concluyó que la existencia de Dios no pertenece absolutamente á la ciencia, y que la *razon* sola no puede ofreceremos ninguna prueba demostrativa de esta verdad fundamental.

«Estoy, dice, plenamente convencido de que la *razon* es inútil para establecer aserciones afirmativas y es muy incapaz de afirmar alguna cosa de negativo acerca de esta cuestión. *Critica de la pura razon*, t. 2. p. 360. Esta doctrina extrana tuvo al momento gran número de admiradores ciegos y partidarios entusiastas. En Alemania, Fichte, Schelling, Hegel, han hecho de ella la base de sus sistemas absurdos é impíos. Hermos ha ensayado reproducirla bajo una forma nueva, ha agotado todas las sutilezas de la metafísica para enseñar á los hombres que sus estudios filosóficos y religiosos deben comenzar necesariamente por la duda positiva universal y obligados á tomar por guia el testimonio, ya de nuestros propios sentidos, ya de los del publico; lo estamos tambien á fiarnos en la seguridad como real la existencia de nuestra

conciencia inmediata ni el conocimiento del pensamiento que nosotros tenemos de ella. *Introducción filosófica*, p. 127.

« En Francia escritores católicos han querido también abrirse nuevos caminos; han desechado el idealismo de los filósofos alemanes, no han podido sostener que la razón sola no podía conducir al hombre al conocimiento cierto de ninguna verdad. El autor, por desgracia demasiado célebre, del *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religión*, no había roto todavía el lazo sagrado de la unidad cuando empleó todos los recursos de su talento en la defensa de este principio peligroso. « Darle crédito, el hombre no puede, por solas sus fuerzas, asegurarse plenamente de ninguna verdad.... *Ensayo*, t. 2, p. 2. El consentimiento común es para nosotros el sello de la verdad y no hay otro... *ibid.*, p. 20.

« Las pruebas que emplean los apologistas de la religión cristiana al establecer la existencia de Dios son incompletas a falta de un primer principio sobre el cual se apoyen. *Defensa del ensayo*, p. 139.

« Otros, por fin, sustituyeron la revelación al testimonio universal del género humano, han afirmado que sin la luz de la fe no podemos estar ciertos de la existencia de Dios.

« Estos diferentes sistemas que se adoptan algunas veces con tanta confianza, merecen realmente el sufragio y la aprobación de los hombres sabios é ilustrados: cualquiera que sea la debilidad del entendimiento humano y la incertidumbre de la mayor parte de nuestras opiniones, hay sin embargo verdades que no podemos menos de admitir, y ni aun por estamos obligados á examinar; si emanan de un principio anterior, tenemos precisión de sus escritos paradosos y sofismas para combatirlas, cada uno de los actos de su vida será la condenación de sus bizarras concepciones y de sus teorías insensatas. Así, no hay un solo hombre que pueda dudar seriamente de su existencia. « Aun cuando quiera dudar de todas las cosas, decía Fenelon, me es imposible dudar de mi existencia. La nada no puede dudar, y aun cuando yo me engañase, se seguiría de mi mismo creer que soy alguna cosa, pues que la nada no puede errar. *Tratado de la existencia de Dios*, página 2, cap. 1.º, § 6.

« El mismo M. de Lamennais confiesa que nos es igualmente imposible poner en duda la existencia de los cuerpos que nos rodean. *Ensayo*, t. 2, p. 19. Se dirá tal vez que el

asenso que damos á estas verdades no es racional, pero está luz interior por la cual juzgamos y que nos arrastra por una evidencia irresistible, ¿no es la luz de la razón? ¿qué es la certidumbre, sino la imposibilidad de dudar, fundada en la percepción clara y distinta de la verdad?

« Veamos ahora si nuestro entendimiento puede elevarse por un encadenamiento fácil, por un encadenamiento de principios incontestables y de consecuencias necesarias desde estas verdades primitivas y fundamentales hasta el conocimiento de Dios.

« Todo ser existe por sí mismo y en virtud de su propia naturaleza, ó debe su existencia á una causa extraña. ¿Quién se atrevería á sostener que todos los elementos materiales que componen este universo existen necesariamente, que no hay un insecto, ni una hoja de árbol, ni un grano de arena, ni un átomo que no pueda ser aniquilado ó privado de la existencia? Un ser necesario no puede tener propiedades accidentales. ¿de quién las habría recibido? ¿Por qué tendría unas mejor que otras? La materia que en mano del hombre toma formas tan diferentes, estos cuerpos que vemos nacer, desarrollarse, crecer y perecer; el mundo, en una palabra, debe su existencia á una causa extraña. ¿A quién la debe? ¿al acaso? El acaso no es nada;.... y si no es nada, si es un defecto y una privación de causa mas bien que una causa positiva y verdadera, es claro que se nos engaña, cuando se nos dice que el mundo es efecto de la casualidad. Abbode, *De la verdad de la religión cristiana*, sec. 1.º, cap. 3.

« Se ha supuesto una sucesión infinita de seres contingentes, que se reproducen perpetuamente; pero los que tal suponen se han olvidado de decirnos quién ha dado á tales seres la facultad de reproducirse, quién ha determinado el orden, las condiciones, el tiempo de esta reproducción perpetua. Por otra parte, admitir una sucesión infinita de seres mutables y dependientes sin una causa primera, es suponer que nada hay en el universo que exista por sí mismo y necesariamente. Por que si nada existe necesariamente, ¿quién ha determinado esta sucesión de seres á existir desde la eternidad mas bien de que á no existir? Clarke, *De la existencia de Dios*, cap. 3.

« En fin, aun cuando la materia fuese eterna, todavía preguntariamos de dónde vienen las leyes que la rigen; si, inerte y pasiva por su naturaleza, se ha dado á sí misma el movimiento. Concebir, dice J. J. Rousseau, á la

materia capaz de producir el movimiento, es concebir un efecto sin causa, es no concebir absolutamente nada... Decidme, si cuando se os habla de una fuerza ciega, esparcida en toda la naturaleza, se os da alguna verdadera idea. Se cree decir algo con estos nombres vagos de fuerza universal, movimiento necesario, y no se dice absolutamente nada. *Emilio*, t. 3, p. 43.

« No está, pues, la razón del hombre en absoluta imposibilidad de elevarse hasta Dios. Es preciso admitir la existencia de un ser infinito, eterno, que ha criado el mundo con su omnipotencia, que le gobierna con su sabiduría, ó de lo contrario es necesario perderse en un vasto laberinto de extravíos y de errores. En efecto: ¿cuales son las consecuencias de todos estos sistemas que ha inventado el filosofismo moderno? No hay uno que no deba conducir al escepticismo al que tenga la imprudencia de adoptarlo.

1.º Reducir toda la ciencia del hombre á saber, no lo que son las cosas, sino solamente lo que parecen ser; echar fuera de los límites de todo conocimiento cierto la existencia de los cuerpos, nuestro libre albedrío, la vida futura, y aun los axiomas consagrados por el sentimiento universal, esto es evidentemente destruir toda verdad y anodnar la inteligencia humana.

2.º M. de Lamennais, que acusa de extravagancia y de locura á los filósofos alemanes, ¿ha obrado con mas cordura que ellos? No basta para substraer á los hombres del escepticismo, ofrecerles un principio de certidumbre, presentarles la autoridad como el fundamento inalterable de nuestras ciencias, es necesario tambien ofrecerles los medios de conocer esta autoridad. Pero si es verdad que los sentidos nos engañan con frecuencia, que nos engaña el sentimiento intuitivo, que nos engaña la razón, y que no tenemos en nosotros mismos ningun medio de conocer cuando nos hemos engañado; si no podemos afirmar nada, *Ensayo sobre la indiferencia*, tom. 2, pág. 19, ¿cómo conoceremos este consentimiento comun fuera del cual se pretende que no hay mas que duda é incertidumbre? Una verdad apoyada en el testimonio de testigos humanos nunca podrá ser mas cierta que la existencia de los testigos que deponen en su favor; pero si la razón no sabe lo que ella misma es, ni aun si existe, si su existencia es un problema que ella no puede resolver sino con la ayuda de la autoridad del género humano, *ibid.*, pág. 32, ¿certidumbre podemos tener de la existencia de los hombres, cuyo testimonio es,

segun se dice, la regla infalible de nuestros juicios?

3.º La fe que han querido algunos substituir á la autoridad universal del género humano no es una simple persuasión moral, no es tampoco una creencia ciega, debe reparar necesariamente sobre principios ciertos. Pero cuál será para cada uno de nosotros la certeza de estos principios? ¿cómo podremos establecer, sin temor de error, el hecho de la revelación divina, pesar el valor de los testigos que dan testimonio de este hecho, si nuestra razón individual es débil en todo? Dar la fe como la primera condicion de todo conocimiento, de toda ciencia, de toda filosofía. La moral del Evangelio comparada con la de los filósofos, pág. 58, es merecer el cargo que Mr. de Lamennais ha hecho injustamente á Descartes, es colocar en los aires la primera piedra del edificio que se intenta levantar.

« Así M. de Lamennais ha refutado todas estas opiniones, y se ha refutado á sí mismo cuando ha dicho: Si la razón nos prescribe la duda universal, la naturaleza nos la prohibe.... No existe ni existirá jamás ningun verdadero pirronico: la duda universal, absoluta, á la que nos condena la lógica, es imposible á los hombres. *Ensayo*, tom. 2, pág. 30.]

2.º Objecion. Al menos, dicen los incrédulos, solo por la razón somos capaces de saber si una religion que se supone revelada tiene pruebas sólidas ó no; luego si estamos obligados á desconfiar de esta luz, no tenemos otro partido que tomar que el pirronismo, ó el escepticismo en materia de religion.

Respuesta. Es verdad que por sola la razón debemos juzgar si las pruebas de una revelacion son supuestas, sólidas ó aparentes, pero estas pruebas son hechos, y los hechos se prueban por testimonios y monumentos, y no por discursos, ni por un exámen especulativo de la doctrina revelada. El exámen de los hechos está al alcance de los hombres mas ignorantes, puesto que acerca de los hechos gira toda la conducta de la vida: no así el exámen de la doctrina para saber si es en sí misma verdadera ó falsa. Esta cuestion ser mas cierta que la existencia de los testigos que deponen en su favor; pero si la razón no sabe lo que ella misma es, ni aun si existe, si su existencia es un problema que ella no puede resolver sino con la ayuda de la autoridad del género humano, *ibid.*, pág. 32, ¿certidumbre podemos tener de la existencia de los hombres, cuyo testimonio es,

si hubo jamás alguna cuestion que pareciese pertenecer á la esfera de la razón, ha debido ser de la examinar si existe un Dios ó muchos; si todas las partes de la naturaleza están animadas por inteligencias, espí-

ritus ó genios poderosos y árbitros de nuestros destinos; si á ellos debemos dirigir nuestro culto, y no al Dios supremo, Criador y gobernador del mundo. Sin embargo, todos los pueblos se engañaron en este punto al mismo tiempo que los filósofos. Solos los judíos y cristianos ilustrados por la revelación se preservaron de tan groseros errores.

No se debe graduar del pirronismo el negar á la *razon* el exámen de las cuestiones que no están á su alcance, cuando se somete á su dictámen la discusión de los hechos en que puede ser juez competente: toda la diferencia que hay entre nosotros y los incrédulos consiste en que ellos, en materia de religión, trasladan al orden del exámen, que puede y debe hacer la *razon*. Quieren que se principie á examinar si la doctrina es verdadera ó falsa en sí misma, y en el caso que parezca falsa, inferen que no es revelada. Nosotros al contrario, sostenemos que se debe examinar si la doctrina es revelada ó no, porque esto es un hecho, y si lo es, se debe inferir que es verdadera, aun cuando nos parezca especulativamente falsa. No paramos aquí; probáremos que este óden es natural y legítimo: 1º porque el comun de los hombres está mas al alcance de comprobar un hecho que de discutir un dogma; 2º porque regularmente es mas fácil engañarse en el segundo exámen que en el primero; 3º porque las pruebas del hecho hacen en nosotros mucha mas impresion que los argumentos especulativos. Véase Hecho.

3º *Objecion*. Si el comun de los hombres no puede discernir por su *razon* la religion verdadera de la supersticiosa, y el culto verdadero del culto falso, todos los que nacieron en el pagatismo son inocentes, y se les debe dispensar; no es justo que sean castigados por haberse equivocado en la cuestion de si hay ó no muchos dioses.

Respuesta. Para formar juicio y convencerse hasta qué punto son excusables ó culpables los paganos, seria preciso conocer las causas del error de cada particular, y hasta qué punto pudieron influir en su extravío las pasiones, el descuido de instruirse y de reflexionar, el orgullo y la terquedad, etc. Solo Dios puede conocerlo. S. Pablo dice que los filósofos fueron inexcusables. *Epist. á los Roman.*, 1. 20. Que los demás se dejaron llevar de sus pasiones como animales estúpidos. *Epist. á los Corint.*, xi. 2. Seria una temeridad el declararse contra esta decision, y nada nos interesa el adelantar mas en el exámen de este punto.

Además de que este argumento supone que

los paganos no tuvieron mas auxilio para conocer á Dios y la verdadera religion que su *razon* completamente desnuda; y esto es un error. Dios les concedió á todos gracias y auxilios sobrenaturales é interiores, y si hubiesen sido fieles en corresponder á estas gracias, hubieran recibido auxilios mas abundantes para llegar al conocimiento de la verdad. Luego son inexcusables, como lo declara S. Pablo. V. GRACIA, § 3. INFIELES, etc.

4º *Objecion*. Solamente la *razon* puede juzgar el sentido en que deben entenderse las palabras de la Sagrada Escritura, en el literal ó en el figurado; elegir entre dos pasajes que parecen contradecirse el que debe servir de explicacion para el otro. ¿por qué no podrá ella misma decidir esta cuestion sin dependencia de la Escritura?

Respuesta. Negamos absolutamente este principio de los deistas que tambien es el de los protestantes, y uno de los primeros fundamentos del deismo: á solos los protestantes toca disolver este argumento, y ninguno conocemos que se haya tomado este trabajo. En cuanto á nosotros, sostenemos que nadie puede estar enteramente cierto del sentido de la Sagrada Escritura, sino por la doctrina de la Iglesia católica, segun lo hemos probado en otra parte. V. ESCRITURA SAGRADA.

Si fuese necesario, no nos seria muy difícil demostrar la debilidad de la *razon* humana, la incertidumbre de sus juicios, y la multitud de sus errores en materia de moral, de derecho natural, de leyes, de usos y costumbres. Herodoto decia en su tiempo, que si se preguntase cuáles son las mejores leyes y las mejores costumbres á hombres de diferentes naciones, cada uno de ellos no dejaria de responder que eran las de su pais. Cuando se trata de decidir si una accion es buena ó mala, ta de decidir si una accion es buena ó mala, conforme ó contraria al derecho natural, un hombre desinteresado juzga regularmente bastante bien, pero si tiene el mas minimo bastante bien, pero si tiene el mas minimo bastante bien, hallará veinte mil sofismas para probar la opinion que le es mas favorable. ¿Quién trató jamás de consultar con un juez prevenido y apasionado? Sin embargo, todos hacen profesion de seguir, y creen que efectivamente siguen las mas puras luces de la *razon*, porque todos confunden el dictámen de la *razon* con el de sus preocupaciones, de sus hábitos, de su interes y de sus pasiones.

Por lo demás, ya no es cosa de nuestros dias el que los incrédulos acusen á los ortodoxos de que degradan y desprecian la *razon* humana. «Vosotros, decia Fausto el marqués á S. Agustin, creéis con toda coherencia y sin exámen, condenais en los hombres la

razon, siendo el don mas precioso de la naturaleza, escrupulizais en diferenciar lo verdadero de lo falso, y tenéis tanto respeto al discernimiento del bien y del mal, como los niños á los espíritus y á los duendes.» *Lib. 18, c. 3*. Pero Tertuliano nota con mucho juicio, que cuando los sectarios prometen remitirlo todo al juicio de su *razon*, solo tratan de seducir con una tentacion de orgullo: Si una vez, dice, consiguen seduciros, exigen que los creáis sobre su palabra.

Leibnitz hace las mas juiciosas reflexiones sobre este punto: desenreda muy bien el equivoco de la palabra *razon*, y hace ver que en una infinitad de cosas la misma *razon* nos dicta que debemos buscar otra guia. *Espirit de Leibnitz, t. 1º, p. 253 y sig.*

Aun cuando la *razon* humana fuese una luz mil veces mas penetrante y mas infalible, seria una ingratitude el desdeñar y refutar el precioso auxilio que Dios quisiera añadir por medio de la revelacion. Sin duda no hay una luz mas brillante ni mas capaz de ilustrarnos que la del sol; y sin embargo, cuando hay que descender á un subterráneo, nos obligamos á recurrir á la luz artificial. Esta es la comparacion de que se vale S. Pedro, exhorta á los fieles á que atiendan á las lecciones de los profetas, como á una luz que brilla en la oscuridad, aguardando el gran dia futuro. *Epist. 1ª de S. Pedro, 1, 19*. V. REVELACION.

* La doctrina cristiana provoca por su universalidad, y sobre todo por su santidad el exámen y los ataques de la *razon*. Por su universalidad y publicidad no podian menos de echarse de ver los errores é imperfecciones, si realmente los tuviera.

Universalidad de doctrina, universalidad de tiempos y de lugares, tales son los tres puntos de vista bajo los cuales es necesario considerar el cristianismo; para tratar estas cuestiones de una manera completa, dicen las *Conferencias de Saint-Four*.

La doctrina cristiana no es un dogma aislado, sin relacion con los demás ramos de los conocimientos humanos: abraza á Dios, al hombre y al mundo entero, es decir, todos los puntos del circulo dentro del cual se agitan todos los pensamientos del alma humana. No hay una ciencia sobre la cual no haya derramado copiosas luces y en la que no haya resuelto las mas graves dificultades; pero tambien los enemigos del cristianismo se han servido de todas las ciencias para combatirle y anularle. Todo se ha puesto á contribucion: la filosofia y la metafisica han discutido las nociones que nos da el cristianismo

de Dios y del hombre, las relaciones que unen al hombre con su Dios y con sus semejantes; la economia política y social ha disputado la utilidad de su influjo sobre las sociedades y sobre los gobiernos; la critica y la erudicion histórica han examinado su historia, sus libros santos y todos los hechos sobre que se apoya; la geología no ha temido preguntar á las entrañas de la tierra para sacar de ellas inducciones contrarias á la cosmogonia trazada por Moisés; la etnografía y la lingüística han hecho esfuerzos para demostrar la multiplicidad de las razas humanas; la astronomia ha querido oponer sus cálculos, sus zodiacos y sus planetarios á la poca duracion que atribuye el Génesis á este mundo visible; la medicina se ha indignado al ver la virginidad hecha el objeto de un consejo evangélico, y exallada sobre el matrimonio por los apóstoles del Tabor; Dios; en una palabra, todas las ciencias han sido interrogadas sobre el valor de los testimonios de la fe. Es preciso confesarlo: si el cristianismo hubiese algun lado débil, tantos puntos de contacto con las otras ciencias le hubieran puesto al descubierto, y no hubiera podido escapar á las miradas investigadoras de esta turba de genios que han llevado tan altos los limites del saber, y que al amor de la verdad han unido con frecuencia prevencciones poco favorables á la religion.

No es en un solo lugar, no en el estrecho recinto de una provincia ó un reino donde el cristianismo ha sido anunciado; no solamente ha sido propuesto al juicio de los sabios de una época determinada; desde su aparicion ha recorrido todas las regiones del mundo conocido; se ha puesto á la vista de todo el mundo; sus dogmas han sido enseñados, no en asambleas clandestinas ni en retiradas mansiones, se han predicado á la luz del medio dia, y con toda la publicidad que ha sido posible darles. Bien diferente de los misterios de la Grecia y del antiguo Egipto, la doctrina de Jesucristo no se ha envuelto en tinieblas, y sus enemigos, lo mismo que sus iniciados, han podido examinar sus titulos, leer sus libros; juzgar su moral y las prácticas de su culto.

Desde que ha aparecido no ha disimulado alguna de sus pretensiones, y no ha dejado de provocar todas las desconfianzas. Se ha proclamado la única religion verdadera, ha anatematizado todas las demás, ha exigido de sus adeptos entera submission de entendimiento y corazon á todas sus enseñanzas. Lo mismo que proclamó entonces proclama hoy, y es lo que ha proclamado en el trascurso de

mas de diez y ocho siglos que cuenta de duracion; jamás ha hecho la menor concesion á sus enemigos; nada ha sido capaz de determinarle á sacrificar un solo artículo de su creencia. ¿Quién no ve que una religion tan inflexible no ha podido establecerse sin herir las susceptibilidades de la orgullosa *razon humana*? ¿Quién podría admitir que ha subyugado sin dificultad los ánimos mas juiciosos, y que ha llevado desde luego la conviccion, hasta las mas altas inteligencias?

No contento el cristianismo con dominar el entendimiento, quiere tambien ejercer sobre los corazones un dominio absoluto. Igualmente inexorable para todas las pasiones, no transige con ninguna; á todas las anatematiza de la misma manera á la hinchazon del orgullo, á las intrigas de la ambicion, á las investigaciones de la vanidad, los furoros de la venganza, las hejizas de la avaricia, y las infamias del dolo. Prescribe la abnegacion de sí mismo, el desprendimiento de los mas caros intereses, el perdon de las injurias, el amor de los enemigos, la castidad de cuerpo y alma, la práctica de la mortificacion y de tantas otras virtudes enteramente contrarias á las inclinaciones naturales del hombre. Así, pregunto yo, á la aparicion de semejante doctrina, ¿cuál debió ser la admiracion de la sociedad pagana, de esta sociedad saturada de vicios, que para evitarse la vergüenza de ruborizarse de sus infamias habia forjado divinidades impuras protectoras de las mismas abominaciones? ¿Podia aceptar sin reclamacion el freno que se le queria imponer? ¿Qué sofismas, qué falsos pretextos no debió inventar para sustraerse á semejante violencia! ¿Digámoslo, pues, y sin temor de engañarnos, si los dogmas cristianos eran de tal naturaleza que debian hallar una oposicion formidable en los ánimos, si abiertamente chocaban con las ideas recibidas generalmente en el mundo pagano, la santidad, la perfeccion de la moral evangélica debian excitar en el mas alto grado los ataques y la resistencia de la *razon*. Así, si el cristianismo ha sometido á tantos hombres á sus leyes severas; si les ha obligado á renunciar á las afecciones mas queridas de su corazón; si se les ha forzado á adorar lo que hasta entonces habian blasfemado, y anatematizar lo que antes habian adorado, el mas minucioso, después de un examen al mas minucioso, solo después de haber luchado vanamente contra la evidencia de sus pruebas han debido inclinarse delante de él y reconocer su imperio; y si ellos hubiesen podido descubrir falsedad en el mas insignificante de los

testimonios, si hubiesen descubierto la menor incoherencia entre sus partes, mucho mas, la menor imperfeccion en su conjunto, se hubieran extasiado al hallar un tal pretexto para sustraerse á su yugo.

Aquí presentaremos un cuadro corto y rápido de los principales ataques de la *razon* contra la religion, enunciando los de nuestros dias.

La religion fué atacada casi en su nacimiento, y durante los tres primeros siglos, por el gnosticismo ó doctrina de las emanaciones panteísticas. Algunos filósofos, imbuidos de las doctrinas panteísticas de la escuela de Alejandria, donde habian confluído todos los vicios errores del Oriente, quisieron introducirlos en el cristianismo, afilándose entre sus discipulos; pero fueron desechados con horror. En el siglo III el *dualismo* persá, que trataron de unir con la religion cristiana algunos filósofos mal convertidos, produjo bajo el nombre de maniqueismo grandes desastres en la Iglesia. S. Agustín, después de haber sido largo tiempo ciego partidario de esta impura herejía, la combatió vigorosamente. Pero el ataque mas terrible que tuvo que sufrir la religion á la par de las sangrientas persecuciones de los Césares, fué el arrianismo. Esta secta, nuevo vistazo del sistema panteístico de las emanaciones decrecientes del ser absoluto, atacó al cristianismo por su raiz, negando la divinidad del Verbo, y reduciéndole á una especie de deísmo bajo un lenguaje cristiano. Favorecido por el poder imperial y por la sagacidad de sus propagadores, hizo el arrianismo en poco tiempo tan rápidos progresos, que parecia que la Iglesia debia sucumbir á sus ataques; pero el brazo que la sostiene dispuso esta tempestad, y al cabo de dos siglos ya no quedaba el mas tenue vestigio. Del sistema dualista de la oposicion del espíritu con la materia, aplicado al Salvador, nació poco después el nestorianismo, que distingue dos personas en Jesucristo. Etiques que se deja llevar al extremo opuesto, diciendo que la naturaleza humana fué absorbida por la divinidad; hé aquí el panteísmo bajo nueva forma. A esta herejía se aproxima el monoteísmo; viene en seguida el mahometismo, cuyo simbolo religioso puede ser mirado como un reflejo del arrianismo, ó mas bien como un amalgama de todos los errores antiguos del Oriente, y que dió á la luz la herejía de los iconoclastas. Mencionemos tambien aquí el pelagianismo y semipelagianismo, que atacaron la necesidad de la gracia, exagerando las fuerzas naturales del hombre;

este es el panteísmo moral. Estos errores agitaron largo tiempo á la Iglesia de Oriente, y le atrajeron el desgraciado cisma que todavía la desola; pero no hallaron eco en la Iglesia de Occidente, ocupada entonces en civilizar á los bárbaros que se habian repartido los despojos del imperio romano. El reposo de esta fué turbado ligeramente por la aparicion de Berengario y Abelardo, hasta una nueva recrudescencia del maniqueísmo, que vino repentinamente á inficionar el medio de la Francia. Comprimida rudamente á su vez la herejía de los albigenses por la enérgica fe de nuestros padres, fué bien pronto reducida á nulidad, y dejó á la Iglesia en reposo hasta la fatal direccion dada á los ánimos por el largo cisma de Occidente. Los abusos de todo género que se acumularon en esta época de anarquía y de escándalos, nacidos en el mismo seno del santuario, prepararon la herejía conocida con el nombre de protestantismo, y que se puede llamar la herejía universal. A la voz de Lutero y sus colegas la *razon humana* rompió el freno de toda autoridad, se puso á demoler pieza por pieza todo el edificio del cristianismo bajo pretexto de reformarlo. Después de haber cubierto de sangre, de ruinas y de escándalo la mitad de la Europa, y después de haberse fraccionado en mil sectas diversas, entre las cuales se pueden contar el bayanismo y el jansenismo, concluyó el protestantismo por no conservar del cristianismo mas que algunas formas exteriores. Fatigados los ánimos mas penetrantes de la reforma con tantas divisiones y con esta perpetua variacion de símbolos que forma el carácter de las sectas protestantes, no tardaron en declarar al escepticismo ó una suerte de deísmo vago, que Bossuet llama con bastante propiedad ateísmo desgraciado. Así la obra de destruccion que Calvino y Lutero habian comenzado con tanto suceso, fué consumada por Bayle y los libros *pensadores* de Inglaterra. Voltaire, instruido en la escuela de estos últimos, juró guerra á muerte al cristianismo, y bien sabido es con cuán infatigable actividad trabajó por llevar á cabo tan infernal proyecto. Jamás se habia urdido conspiracion tan terrible contra el Evangelio. Poetas, literatos, sabios y naturalistas fueron llamados para construir los cimientos del ruinoso edificio que se proyectaba levantar. Las miras criminales de Voltaire y de su escuela fueron secundadas en gran manera por un hombre de talento eminente, que declarándose enemigo de los filósofos, descargó contra la religion cristiana golpes tan fuertes, que se duda si

la elocuencia apasionada del sofista de Ginebra le fué mas funesta todavía que los sarcasmos y risa satánica del patriarca de Ferney. En pos de este vinieron una turba de escritores con pretensiones hasta de apagar todo sentimiento religioso, y de profesar á voz en grito el ateísmo y el mas grosero materialismo. Nadie ignora cuantos crímenes fueron el fruto de estas funestas doctrinas. La sociedad asustada retrocedió de horror y volvió á las mas sanas ideas.

Esta vuelta feliz, favorecida por algunos escritores de superiores talentos, hizo concebir lisonjeras esperanzas. ¿Se han realizado en un todo? No nos pertenece esta decision. Lo que hay de cierto es que el genio del mal no se ha dormido; que el espíritu de error, cambiando de formas, no ha interrumpido sus ataques contra la religion. Pero la mas funesta de las observaciones que ha producido en nuestros dias, la que resume y absorbe, por decirlo así, á todas las otras, y que puede muy bien llamarse la grande herejía de nuestro siglo, es el panteísmo (*éste es esta palabra*), que después de haber pretendido desnaturar el cristianismo naciente, intenta todavía combatirlo en su edad madura. Resultado al principio del siglo XIX por algunos filósofos de la Alemania protestante, ha sido trasportado á Francia este error viejo y siempre idéntico, aunque diversamente modificado, por algunos célebres profesores que á beneficio de la elevada posicion que ocupan en la enseñanza pública, la han propagado en la juventud estudiosa, han introducido estas teorías en la historia, en la literatura, de tal manera que se puede decir que hoy día entre nosotros todo lo que no es francamente cristiano, está mas ó menos inficionado de panteísmo. Estos principios fundamentales son: Dios es todo, y todo es Dios; no hay en el universo mas que una sustancia, cuyas modificaciones ó atributos son todas las demás; la misma humanidad no es mas que una inmensa porcion de la vida de Dios; esta vida está sujeta á un desarrollo incesante, continuo: de aquí la ley fundamental, universal, del progreso indefinido tan cacareado en nuestros dias. A este progreso está sujeta la religion como todas las demás cosas.

El cristianismo es divino, porque para los panteístas todo es divino. Es mas perfecto y contiene mas verdad que todas las instituciones que le han precedido; pues que habiendo venido después que ellos, ha podido reconstruir con en un foco comun todas las luces que ellos habian traído al mundo;

y además, porque se han engrandecido con todos los progresos que ha hecho la humanidad en el largo período de su duración. Para servirnos de la expresión consagrada, ninguna institución ha cumplido mas gloriosamente su paso en el progreso humanitario; pero su vida finalmente se ha agotado, y una institución necesaria será reemplazado por una institución necesariamente mas perfecta. ¿Cuál será esta? No se sabe a punto fijo: cada cual la entrevé a su manera. Hé aquí lo que piensan del cristianismo la mayor parte de los escritores, de los filósofos y de los sectarios de nuestra época. MM. Cousin, Lherminier, Michelet, Pedro Leroux, Lamentin, los eccléticos, los sasimonianos, los fuarieristas, etc., que profesan todas una de las diversas formas del panteísmo.

No entra en nuestro plan hacer ver cuán vanos son los ataques de estos nuevos enemigos de la religion, cuán absurdas é infundadas son las teorías que quieren oponerle. Basta decir que una doctrina que no seapoya mas que en una definición enteramente gratuita de la *sustancia*, que destruye por su cimiento toda religion y toda moral, que sujeta la humanidad á un ciego fatalismo, que nada nos enseña sobre nuestro destino futuro mas que una vaga absorcion en el *gran todo*, en el cual los malvados se hallarán con los virtuosos, si es que puede haber malvados en un sistema que no admite nada que no sea divino, que no reconoce crímenes, únicamente acciones imperfectas, ningún error, solamente acciones incompletas; basta decir que una doctrina tan desituida de pruebas, tan absurda y tan funesta en sus consecuencias, tan contraria á todas las sanas tradiciones del género humano, tan poco en armonía con las necesidades del hombre y de la sociedad, no puede ponerse en contraposicion con la divina perfeccion de la doctrina cristiana, y que el buen sentido, así como el instinto moral y religioso de los pueblos, no tardará en rechazarla con horror, y que la Iglesia verá caer á sus pies á estos nuevos enemigos como ha visto caer á tantos otros.

¿Qué se ha de concluir de lo que precede y de los resultados manifiestos de la lucha de la razon con la religion? ¿Inútil es emprender aquí la refutación de lo que han aglomerado contra la religion cristiana los filósofos que han vivido en sus primeros siglos. Basta hacer notar que todos ellos han sido refutados victoriosamente por hombres

de no menos ilustracion, por no decir de mas, con esta diferencia, que en el juicio que han formado de la religion no se han dejado extraviar por la pasion, ni han sido guiados por otro motivo que el sincero amor de la verdad. Se puede citar á S. Justino, Hermias, Atanagoras, S. Teófilo de Antioquia, Melion de Sárdeca, Apolonio, Clemente de Alejandria, etc.

Por lo que concierne á las herejías, es fácil convencerse con la historia en la mano, de que todas ellas sin excepcion han nacido y muerto despues de una existencia mas ó menos prolongada. El mismo protestantismo, descomponiéndose y dividiéndose mas y mas, lleva consigo todos los indicios de la decrepitud y de una muerte próxima.

En cuanto á la filosofia del siglo XVIII, oigamos á un escritor, cuyo testimonio no parecerá sospechoso (Benjamin Constant): « Los autores del siglo XVIII, dice, que han tratado los libros sagrados con desprecio mezclado de furor, juzgaban de una manera superficial. Para divertirse con Voltaire á expensas de Ezequiel y de los profetas, es preciso reunir dos cosas que hacen esta alegría bastante triste: la mas profunda ignorancia y la frivolidad mas deplorable. » No nos parecerá severo este juicio, cuando hayamos oido al mismo rey de Prusia decir de los filósofos que unian al desearo de los cinicos la impudencia de sostener todo cuanto se les venia á la cabeza; cuando hayamos reflexionado sobre las palabras de Juan Jacob Rousseau que nos dice de los filósofos: « Que el único error de que le habian curado, era el haberle desengañado de la idea ventajosa que de ellos habia formado... que él los ha hallado no probando nada y burlándose los unos de los otros, siendo este el único punto en que todos ellos tenían razon. »

La filosofia del siglo XVIII ha sido ya juzgada, su corrupcion se ha puesto al descubierto, el entendimiento no halla alimento alguno en medio de esta pobreza filosófica, de esa privacion irreligiosa: el sensualismo fué toda su ciencia. No hay en el dia un escudiantillo tan falto de talento que no comparezca á los que emplearon contra la religion ciertos argumentos que reputaban como indestructibles: basta considerarlos con atencion para creerse dispensado de responder á ellos.

En cuanto á los ataques dirigidos contra la religion por la ciencia, es digno de observarse que monumentos auténticos, reunidos de todos los climas, comprueban los títulos genealógicos de la religion. A la luz de la

sana doctrina desaparecen los sueños de la vanidad nacional, ó de la imaginacion de algunos pueblos, y las pretensiones quiméricas con que ha querido armarse la filosofia moderna para combatir nuestros libros santos. El estudio de los terrenos y capas del globo, la anatomía comparada, la observacion de las razas americanas y oceánicas, los monumentos de la civilizacion primitiva descubierta últimamente, los trabajos de la numismática, las investigaciones de la arqueología, de la lingüística, la invencion de los sistemas jeroglíficos, la rectificacion de los errores históricos, los progresos de las ciencias físicas, la restitucion de los planisferos de la India y de los zodiacos egipcios á su fecha positiva, todo esto ha venido unánimemente á confirmar la narracion de Moisés. El historiador hebreo, despues de haber sostenido la acusacion de todo lo que el entendimiento ofrece mas sutil, la prevencion mas injusta, la animosidad mas encarnizada, se halla hoy dia rehabilitado por las ciencias; nada ha resultado del progreso general que puede debilitar la tradicion en que se apoya el cristianismo.

Las teorías de la *razon* absoluta, de independencia moral, de filantropía están generalmente reconocidas, como tanto mas huecas cuanto son mas sonoras. El materialismo cada dia se humde mas en el lodo, y no lo resucitará la freunología, su único recurso; finalmente, el panteísmo con sus hipótesis gratuitas y ridiculas, pasará como una moda, ó á lo menos no excederá los limites de un periodo literario.

Así los ataques que ha sufrido el cristianismo no han servido mas que para realzar sus triunfos. En vano han ensayado los hombres á su vez en contra de él la sutileza de su entendimiento; en vano han empleado para atacarle todas las fuerzas de su *razon*, y reunido todo género de combates para destruirle: los enemigos del cristianismo eran sabios, *espíritus fuertes*, vastas capacidades, genios poderosos, escritores de talento, elegantes, nada les ha faltado; sin embargo, nada sólido han podido oponer á la demostracion cristiana, y todavía están por descubrir en ella la menor imperfeccion. El cristianismo ha hecho frente á todos sus enemigos; todos los sofismas, engaños y aplicaciones erróneas de la Sagrada Escritura no han podido desnivelar un solo punto de su doctrina. Los innumerables lunares que se le ha echado en cara, no se fundan sino en interpretaciones malévolas, sobre sacrílegas invenciones, sobre errores nacidos de

la insuficiencia de sus adversarios. Así es como la mano de Dios se muestra en toda su fuerza; porque si el cristianismo no hubiese sido mas que una institucion humana, haría ya largo tiempo que la muerte se habria introducido en su seno: el roce exterior con el mundo le hubiera quebrado como un vaso de arcilla. Mas es gloria reservada al cristianismo el resistir todos los ataques, mantenerse firme cuando todo cae en su alrededor, afirmarse cuando todo vacila, sobrevivir á todas las sociedades y á todos los imperios, hallarse frecuentemente sin puntales humanos, suspendido, digámoslo así, entre el cielo y la tierra, para que se conozca que no es una creacion humana, sino la obra de Dios.

RAZON (Culto de la). V. FIESTA DE LA RAZON. **Realistas.** Admitian distinciones en todas partes, mientras que los nominales (*céase* esta palabra) no querian reconocerlas sino en los términos. Los primeros se preciaban de juzgar de las cosas por lo que ellas son en sí mismas, y los segundos por el nombre que llevan. Esta sola exposicion hace conocer el origen de esta renida disputa toda metafísica y aristotélica. Estas cuestiones que agitaron los ánimos y ocuparon aun á los reyes, porque Luis XI intervino en una disputa que casi degeneraba en guerra civil, han muerto ya hoy dia, y no hay ninguno que quiera seguir el partido de los *realistas* ni de los *nominales*.

Rebaptizantes. Por este nombre son conocidos los que quisieron repetir el bautismo en los que ya estaban válidamente bautizados.

En el siglo III, Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, y algunos obispos de Asia, y S. Cipriano al frente de muchos obispos de Africa, declararon que era preciso rebautizar á todos los que recibieron el bautismo por mano de los herejes. Se fundaban en que el que no tiene el Espíritu Santo no puede darle, falsa máxima de la cual se seguiría que el que está en pecado mortal no puede administrarse válidamente sacramento alguno, y que la eficacia de este sagrado rito depende del mérito personal del ministro. Alegaban tambien en su favor la tradicion de sus Iglesias: es constante que esta tradicion no pasa del siglo II en Africa, ni del obispo Agripino, que habia precedido á S. Cipriano y habia ocupado su silla muchos años. S. Cipriano, *Epist. 73, ad Juvejan*.

El papa S. Esteban resistió primero á los asiáticos y despues á los africanos con la firmeza y decoro que corresponde á un jefe de